

MARK
MILLER

10 Das
amores
para
Cassie

M.
Miller

Dos amores para Cassie

Mark Miller

Título: Dos amores para Cassie

©Mark Miller

Primera edición: junio, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Capítulo 1

El jarrón se estrelló contra el suelo con fuerza, rompiéndose en pedazos y sacándome de mis ensoñaciones matutinas.

-Maldición...

Me lo había regalado Patrick, y podía apostar lo que fuese a que no le iba a gustar ni un pelo ver las decenas de pedazos de porcelana esparcidos por el suelo de mi sala de estar cuando llegara. Empecé a recoger los pedazos más grandes y a arrojarlos a la basura, lo que él no supiera... no lo haría enojar. Y de verdad no quería enojarlo, no después de lo de la semana anterior.

-¿Por qué carajos saliste con ese chico?

-Lo siento, no es como crees, Pat. Solo es mi vecino.

- ¡No me mientas!

Su mano se movió con tanta rapidez hacia mi rostro que no fui capaz de reaccionar. Tampoco es que hubiera sido mucha la diferencia. Mi labio dejó escurrir un fino hilillo de sangre carmesí antes de abultarse como si de una mala inyección de Botox se tratase.

Me quedé petrificada sin ni siquiera atreverme a mirar a mi novio. Había cruzado la línea.

-Nena... Lo siento, lo siento. No quise hacerlo...

Rápidamente me rodeó con sus brazos y empezó a besar mi frente, como si con solo eso pudiera remediar sus acciones.

El daño estaba hecho. Nuestra relación estaba tan rota como el maldito jarrón de porcelana china que me encontraba recogiendo.

No me malentiendan, jamás me consideré una víctima, ni mucho menos una mártir. Habían pasado veintitrés años de mi vida sin haberme topado con un patán de tal calibre como Patrick. Pero siempre había una primera vez para todo: para enamorarte de un imbécil, para darte cuenta de tus errores y hasta para que te rompieran el corazón. Algo que por experiencia puedo decir es mucho más doloroso que un golpe en el labio.

Recogí los trozos más pequeños que aún quedaban esparcidos por el suelo y los deposité en la basura, en un abrir y cerrar de ojos me deshice de ella a través de la puerta del patio trasero.

Cuando terminé de esconder el cuerpo del delito, me tumbé pesadamente en uno de los escalones de piedra que daban acceso a la puerta. Me había levantado hacía apenas veinte minutos, por lo que aún vestía mi gruesa y larga bata de dormir. Mi cabello estaba hecho un desastre total, por ni siquiera mencionar las enormes bolsas que dibujaban bajo mis ojos, prueba irrefutable de una muy pésima noche de sueño.

Últimamente no podía conciliar el sueño, era una odisea descansar en las noches, principalmente por el hecho de que la mayoría del tiempo lloraba como una magdalena.

Suspiré pesadamente y crucé los brazos para darme un poco de calor. Las mañanas en Newark eran increíblemente frías. Metí la cabeza entre el recoveco de mis brazos y el pecho y rememoré, por décima vez, lo que le

diría a Patrick cuando llegara.

“Eres un idiota y ya no quiero que seamos pareja, tus celos han escalado a un nuevo nivel y no puedo permitir que sigan sucediendo cosas como lo de la semana pasada”.

Refunfuñé y busqué la manera de convencerme, no me cabía duda alguna de que era exactamente la decisión correcta. Pero incluso haciéndole frente a los hechos, era incapaz de cortar con Patrick.

Una parte de mi aún lo amaba.

Amaba al sujeto tierno y gracioso que había conocido hacía tres años. Amaba a ese hombre agradable y respetuoso que solo me colocaba sus manos encima cuando hacíamos el amor o nos fundíamos en un abrazo. Amaba al chico dulce, lindo y romántico que había llenado una vez mi habitación con un montón de rosas.

Amaba al hombre a quien creía conocer.

Pero ese no era el Patrick de la actualidad. Ni de cerca.

Desde hacía ya un par de meses, su comportamiento había degenerado en una espiral de celos, intrigas y pésimo carácter. Todo había tenido comienzo con su expulsión de la universidad por pelearse con uno de los profesores. Sus padres lo habían echado de casa y había tenido que mudarse con su tío, un ex convicto de muy mala reputación, quien, en mi opinión, no le aportaba a Patrick nada bueno.

Desde ese entonces mi novio había cambiado drásticamente, ya casi no compartíamos nada y en las pocas ocasiones en las que estábamos juntos, solo se dedicaba a achacarme sus infortunios y a intentar hacerme sentir culpable por cosas que yo no hacía.

-Bien, puedes irte a Derry si eso es lo que quieres... ¿Vas a acostarte con todos los chicos de la fraternidad y luego vendrás a visitarme como si nada? ¡Vaya, pero si solo eres una zorra presumida que cree ser más lista que yo!

Las hirientes palabras que me había gritado a viva voz, en medio de una borrachera, aún resonaban en mi mente. En esa ocasión, incluso llegué a convencerme de que era mi culpa. Era mi culpa por haber ido a buscarle para contarle que me habían aceptado en una de las más prestigiosas universidades de la región. Había actuado de manera prepotente al abordarlo tan inesperadamente con una revelación como esa, a pesar de que no era más que el fruto de muchísimo esfuerzo académico, por jamás rendirme para cumplir el sueño de mi vida. Incluso había hecho gimnasia mental para convencerme del hecho de que solo había sido el calor del momento y que Patrick jamás volvería a portarse de esa manera conmigo.

Nada más alejado de la realidad.

Los días siguientes transcurrían intermitentemente entre lo que llamaba el “Patrick Príncipe”, que era como se portaba después de tratarme como basura, generalmente me pedía disculpas con chocolates y flores antes de llevarme a cenar a un lugar bonito, ante lo cual debo admitir que caía como tonta. Y el “Patrick Ogro”, el grosero y desalmado monstruo que había reemplazado al tierno chico del que me había enamorado. Borracho y probablemente drogado la mayoría del tiempo, solo acudía a verme cuando sus amigotes ya no le toleraban y sentía necesidad de descargarse con alguien más.

Además tenía el horrible presentimiento de que me estaba engañando. Los rumores llegaban a mis oídos a diario. Era increíble cómo había cambiado nuestra relación, pasando de ser la pareja del momento, a algo a lo que ya no me atrevía a llamar “Novios”.

-¡Se ven tan hermosos juntos!

-¡Goals!

Eran el tipo de cosas que solían decirnos cuando nos veían tomados de la mano paseando por las calles del pueblo.

Él era todo un sueño: metro ochenta de estatura, dientes blancos, sonrisa perfecta. Su cabello rubio resplandecía aún más cuando reflejaba los destellos del sol. Y su magnífico cuerpo era una verdadera Oda a la belleza y sensualidad. Sus brazos torneados y definidos por el constante ejercicio estaban decorados con varios tatuajes de carácter tribal. Tenía el cuerpo de un dios griego, de eso no había duda. Sin embargo, aunque fuera difícil de creer, lo que realmente me atraía de Patrick era su forma de ser conmigo. Nunca nadie me había tratado de una manera tan dulce y caballerosa como lo hacía él.

Cuando mis padres murieron, poco a poco me sumergí en una profunda depresión de la cual solo pude salir gracias a Patrick. Estuvo día a día apoyándome, dando lo mejor de sí para hacerme sentir mejor. Una vez incluso faltó a uno de sus parciales en la universidad por ir hasta mi casa a cerciorarse de que yo estuviera bien. Eran ese tipo de acciones las que hacían que me enamorara de él día tras día, él me hacía sentir como alguien realmente especial en su vida.

Pero nada puede durar para siempre.

La ternura y calidez de su alma fueron pronto reemplazadas con malos tratos, auto destrucción y comportamientos difíciles de perdonar. Pero aún así, no podía alejarme de él, aunque lo intentara.

Él seguía repitiéndome que estaba pasando por una mala racha en su vida, que me amaba con locura y que no podía permitirse perder a alguien tan

especial como yo. El verlo de esa manera tan vulnerable, tenía un efecto hipnótico en mí. No era una combinación típica, el chico de ensueño rogándote para que lo perdones y no termines con él.

Así era como, vez tras vez, posponía lo que en mi mente aparecía como un plan eficiente y necesario: terminar con Patrick.

Estaba decepcionada de mí misma por el hecho de no ser capaz de hacerlo. Yo no era valiente. El amor inconscientemente me hacía querer ver lo mejor de él, incluso aunque no quedara nada bueno en la persona en la cual mi novio se había convertido.

La última de estos “Armisticios de reconciliación” había ocurrido hace apenas un par de días. Yo estaba hecha toda una fiera por lo que había ocurrido y por cómo se había atrevido a golpearme, daba gracias a Dios de que mis padres no estuvieran vivos para enterarse de que un idiota se había atrevido a lastimarme. El odio había alimentado mis ideas de ruptura y me habían permitido armarme del coraje suficiente para ponerle fin a la tóxica relación. No había forma alguna en que permitiera que algo así ocurriera de nuevo.

-Ni siquiera te acerques a mí.

-Cassie, lo siento muchísimo. No sabes cuánto lo lamento. Necesito que me perdones.

Patrick me miraba como un náufrago divisando a un barco a lo lejos.

Lo miré por un segundo y debo admitir que me provocó una mezcla de sensaciones. Su cabello estaba enmarañado y su rostro pálido, sus ojos llorosos lo hacían ver arrepentido, o al menos eso era lo que yo pensaba. Era curioso cómo a pesar de lucir totalmente destruido, seguía siendo tan guapo como siempre: un hermoso desastre, eso es lo que era.

Fruncí el ceño y me crucé de brazos para parecer enojada, quería que él pensara eso, pero en realidad estaba luchando con mis ganas de saltar a sus brazos y besarlo nuevamente. No tenía una explicación lógica, pero realmente el amor nunca se ha caracterizado por ser especialmente cuerdo.

-Mira, soy una basura. Lo entiendo. Tú eres demasiado buena para mí.

Avanzó hasta mí casi tambaleante, sutilmente puso sus manos en mis caderas y me jaló suavemente hasta él. Mi cuerpo empezó a temblar levemente, producto del tacto de sus firmes manos sobre mi cintura, recé internamente para que no se diera cuenta de ello. Había perdido la batalla antes de tan siquiera comenzar.

-Pero... A pesar de todo eso, creo que somos la pareja perfecta. Esto es solo un bache, lo superaremos.

Patrick me miraba directamente, sus penetrantes ojos azules examinaban a través de mi cuerpo, era como estar frente a una máquina de rayos x. Una cuya perfecta mirada fuera la octava maravilla del mundo. Saltaban de mis ojos a mis labios, como seduciéndome en un extraño juego de miradas, me confundía, me tentaba, me encantaba.

Yo permanecía callada, incapaz de responder a su monólogo de arrepentimiento, buscando en el fondo de mi mente las palabras que habían sido inspiradas por su fastuoso golpe, necesitaba encontrar ese fuego irrefrenable de determinación que había nacido en mí y que estaba deseando gritarle. A pesar de que mi cuerpo me hubiera traicionado y se estuviera dejando llevar por el magnífico tacto de las gruesas manos de Patrick que me sostenían firme pero delicadamente. De nuevo, sus ojos iban desde mis labios a mis ojos y viceversa.

-Ahora necesito que lo digas, por favor. Necesito esto más que de lo que

nunca he necesitado nada en mi maldita vida. Cassie, necesito escucharte decir que me perdonas. Necesito que tus labios les digan a los míos que estamos hechos el uno para el otro y que te mueres por besarme tanto como yo a ti.

Para ese momento ya no tenía ninguna esperanza de confrontarlo con mi prefabricado alegato de rompimiento. Sus palabras habían calado en mí de tal forma que habían accionado el intrínseco mecanismo del deseo. No dije ni una sola palabra y me fundí con Patrick en un interminable beso.

Suspiré profundamente y dejé escapar un quejido lastimero. A pesar de lo platónico y perfecto de ese momento que acababa de rememorar, estaba convencida de que no duraría por mucho. Patrick, el amor, el insomnio, el frío. Todo me tenía realmente confundida y estaba por ponerse peor.

- ¿Sufriendo en silencio?

La voz me sacó de mis ensoñaciones y levanté la mirada solo para encontrarme con él.

Si los corazones fueran jarrones, el mío acababa de caer desde la mesa de mi pecho.

Capítulo 2

-Estaba intentándolo hasta que me interrumpiste -dije intentando mantener la compostura e intentando evitar morir de vergüenza.

David, mi vecino súper atractivo, o como yo le llamaba: “El chico más guapo de la historia”, acababa de verme en mi estado natural de fealdad. Trágame tierra.

Él era la definición ideal de la palabra “Arte”, no solo por el hecho de su carácter artístico y bohemio que lo inclinaba a dedicarse a pasatiempos como la pintura o la fotografía, tampoco el hecho de que su nombre y su físico le otorgaban un parecido idéntico a la escultura homónima de Miguel Ángel. Era más por el hecho de que sus rasgos simétricos eran solo comparables con los que encontrarías en una pintura famosa.

Y ahí estaba el, frente a mí. Sonriendo del otro lado de la valla de madera que separaba nuestras casas, la división física que nos impedía estar tan cerca como quizás pudiéramos querer.

Sus ojos verdes estaban llenos de resplandor y de vida, brillaban cada vez que decía una de sus pícaras y agudas bromas. Rematados en largas pero varoniles pestañas que le daban un toque bohemio. Su piel bronceada hacía

resaltar aún más su mirada, era moreno, a diferencia de Patrick. Su cabello oscuro y ondulado se debatía entre rulos y rizos azabaches que caían hasta su frente y muchas veces le impedían ver. Las gafas redondas de cristal nunca faltaban en su rostro, le daban un aspecto aún más adorable. Su sonrisa era cálida y fresca, se ladeaba siempre más hacia un lado que al otro. Se formaban hoyuelos en sus mejillas siempre que sonreía o evitaba reír a carcajadas. Era casi tan alto como Patrick, pero un poco menos fornido, sin embargo, no por eso dejaba de estar en una forma sumamente envidiable.

Sí, ahí estaba él. Tan perfecto como siempre, mirándome a mí.

-Bueno, sabes que me encanta interrumpir las situaciones dramáticas.

Me sonrió y juro por Dios que mi piel hizo un millón de malabares. De más está decir que me sonrojé al instante, empecé a arreglar mi cabello para disimular.

David no dijo más y solo saltó por encima de la valla de madera, aterrizando de pie, cual gato, en mi patio. Llevaba su cámara sujeta al cuello, como siempre. Esta se bamboleó un poco mientras "el caminaba hasta sentarse junto a mí en uno de los escalones.

-No deberías estar aquí, Patrick podría llegar en cualquier momento.

Dije con tono preocupado para intentar persuadirlo de que su estancia fuera breve, a pesar de lo mucho que disfrutaba de su presencia. Mi novio nunca había tenido mucha estima por David y mucho menos después del incidente de la semana pasada, aunque todo hubiera sido un malentendido.

-Pues tendrá que arrastrarme hasta la salida porque no pienso moverme de aquí.

Respondió él encogiéndose de hombros, creo que David ya estaba al tanto

acerca de que no le agradaba a mi novio y no precisamente porque yo se lo hubiera dicho. Aunque en un pueblo tan pequeño como el nuestro, ese tipo de cosas no eran precisamente secretos. David tampoco toleraba a Patrick, para nada. Ya había atestiguado un par de acaloradas discusiones de pareja que había tenido con mi novio, lamentablemente los gritos eran la forma que tenía Patrick de expresarse cuando estaba ebrio, así que David estaba casi tan informado como yo del carácter de porquería que tenía mi pareja.

Aún así, no me había atrevido a contarle que me había golpeado. Principalmente porque no quería compartir una situación tan penosa como aquella y menos involucrar a David en ello, además temía que, en caso de enterarse, pudieran llegar a pelear.

-No quiero tener problemas con él, ya sabes cómo se pone.

-Es un idiota, Cassie, no entiendo por qué estas con él.

Hubo un silencio absoluto, ni siquiera yo misma entendía por qué estaba con Patrick.

David levantó su cámara y empezó a sacar fotografías de los adornos que había en el patio.

-Es el típico comportamiento, chica bonita se enamora de un patán, mientras que los chicos buenos están enamorados de ella.

-Gracias a Dios no soy bonita- Respondí con ironía.

-Eres hermosa.

Nuevamente hice silencio absoluto sin saber qué responder, pero mi corazón acababa de acelerarse como el motor de un Ferrari. Después de unos cuantos segundos, pude responderle.

-No puedes decir eso viéndome ahora mismo.

David se giró hacia mí para que estuviéramos frente a frente. Levanto su cámara y me enfocó con la lente. Sostuvo el dedo sobre el obturador mientras murmuraba algo. ¡Click!, acababa de retratarme.

-Justamente por eso lo digo, eres increíblemente hermosa. ¿Lo sabías?

Esta vez no pude ni quise disimular que me acababa de sonrojar. David sonrió dulcemente y me guiñó un ojo, los hoyuelos en sus mejillas delataban su esfuerzo por intentar contenerse, en vano.

Recosté mi cabeza sobre su hombro y nos quedamos en silencio por un par de minutos.

David y yo teníamos una historia bastante extensa. Nos conocíamos prácticamente desde que estábamos en los respectivos vientres maternos. Nuestras madres habían sido muy cercanas, grandes amigas, por así decirlo. Además, habíamos sido los mejores amigos hasta los diecisiete, época en la que David fue a estudiar en Europa. Me dolió muchísimo verlo partir hacia el aeropuerto con sus sueños dentro de una maleta. Durante nuestra juventud, pensé que de un momento a otro terminaríamos enamorados y como novios, sin embargo, durante todo el tiempo en que él estuvo en el extranjero, fui abandonando la idea de que estábamos destinados, aunado a la aparición de Patrick en mi vida, mi historia con David solo era ya cuestión del pasado. Hasta esa época, un año atrás, cuando él regreso al pueblo... y a mi vida.

Yo corría a toda velocidad hacia casa, necesitaba empacar lo más rápido posible, Patrick acababa de avisarme que pasaríamos unos cuantos días en la cabaña de Playa que tenían sus padres a las afueras de la ciudad y ahora necesitaba juntar un poco de ropa y todo lo necesario, en apenas quince minutos. Cuando tuve una selección al menos decente de prendas, me

apresuré a salir de la casa arrastrando mis maletas, quizás las había llenado un poco de más y ahora no podía cargarlas. En medio de mi lucha por levantar del suelo las maletas, no pude evitar trastabillarme y perder el equilibrio, con tan mala suerte que atravesé la puerta del porche y me di de lleno contra alguien que iba pasando frente a mi casa en ese momento. Mis maletas terminaron desperdigadas en el suelo mientras me apresuraba a recoger del suelo mi ropa y la poca dignidad que me quedaba, demasiado avergonzada para mirar a mi pobre víctima y solo limitándome a disculparme apresuradamente.

Pero entonces una voz, que me resultaba extrañamente familiar, me trajo de golpe a la realidad.

-Ahora eres tú la que te marchas.

Levanté mi mirada y contemplé al joven con que el que había chocado por un segundo.

Su rostro tenía algo que me parecía recordar de algún lugar. Era bastante guapo, llevaba una cámara colgada a su cuello y un bolso de viaje colgando de su hombro.

-Disculpa. ¿Nos conocemos? – pregunté sintiéndome una tonta.

El chico se agachó junto a mí, poniéndose de cuclillas y ayudándome a recoger las prendas que aún quedaban esparcidas por el suelo.

-La memoria te falla últimamente. ¿Es un efecto secundario de la belleza, Cassie?

Estaba a punto de preguntarle cómo rayos sabía mi nombre hasta que me fijé más detenidamente en su rostro. Esas gafas, esos hoyuelos, esa sonrisa pícaro y cómplice...

- ¿David?

Él solo sonrió y me guiñó un ojo, puso la última prenda en mi maleta y la cerró, dejándola junto a mí, en el suelo.

-Tu expresión en este momento no tiene precio - Levantó su cámara y me apuntó con el lente. ¡Click! -Estás mucho más hermosa que antes, Cassie.

Me quedé de piedra. Con la boca abierta y una expresión de sorpresa total, David había cambiado increíblemente durante su estancia en Europa. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda mientras veía nuevamente su rostro, intentando convencerme a mí misma de su regreso.

Él simplemente se dio la vuelta y continuó con su camino hasta su hogar, donde desapareció tras la puerta de entrada. El hijo prodigo volvía a casa.

Jamás me había atrevido a declararle a David mis sentimientos por él, a pesar de que en un momento tuve indicios de que él sentía lo mismo por mí, pero nunca pude estar del todo segura. Cuando parecía que era el momento propicio para nosotros, él se fue al extranjero y yo me quedé en el pueblo, el resto es historia. Conocí a Patrick y le entregué lo mejor que tenía, mi corazón. Pero a pesar de que amaba con locura a mi novio, no podía evitar pensar en qué hubiera pasado de haberme declarado a David, ¿sentiría lo mismo que yo?

Lo dudaba, David era una persona enigmática y compleja, era tan interesante que yo me sentía cenicienta al hablar con él. Siempre estaba contándome acerca del arte, de la historia, de sus viajes en Europa y de todos sus sueños. Yo lo escuchaba de forma extasiada, pero sin apenas atreverme a responderle, él era tan genial y yo... Pues solo era una chica más.

Pero todo eso había dado un vuelco de ciento ochenta grados la semana anterior.

Yo estaba sumamente triste por el comportamiento de mi novio en esos momentos, así que cuando David apareció saltando a través de mi patio trasero, con su cámara en mano y pidiéndome que lo acompañara a tomar unas fotos, no pude evitarlo, el solo hecho de verlo hizo que apareciera en mi rostro una amplia sonrisa.

Hicimos un recorrido campo a través, por los prados de la parte “verde” del pueblo. David quería fotografiar el ocaso desde una de las colinas más altas, por lo que tuvimos que recorrer un buen trecho. Sin embargo, todo el cansancio valió la pena, a las seis de la tarde estábamos vislumbrando el atardecer más hermoso que hubiera visto jamás. Y la sola presencia de David hacía que todo fuera aún más maravilloso. Ese día no había pensado ni siquiera un minuto en Patrick.

-Gracias por invitarme.

-No tienes por qué agradecerme, me encanta que hayas podido venir conmigo.

El viento soplaba suavemente y hacía que su cabello se moviera, sus rizos se desperdigaban sobre rostro, reía divertido mientras se apartaba con las manos los remolinos. Lucía más adorable que nunca.

Levanto su cámara e hizo una fotografía rápida del ocaso. Luego empezó a fotografiarme a mí, para hacerme sonreír me decía que me veía hermosa, que el paisaje era nada comparado conmigo, que yo era una modelo maravillosa. Yo reía como tonta mientras seguía sus indicaciones posando para él.

Después de estar así por un rato, nos pusimos de espaldas al sol para

tomarnos un selfie. Me giré un instante para constatar que el ocaso ahora estaba en su punto más álgido, la combinación de colores, el sol empezando a ocultarse tras las nubes, tiñendo el cielo de naranja. No había visto algo tan bonito en muchísimo tiempo.

-Es lo más perfecto que he visto- Dije volviendo a mi posición y sonriendo para la cámara.

David tomó mi mano con la que no sostenía su cámara y la apretó dulcemente, el tacto cálido de su piel me hizo sentir segura y reconfortada.

-Yo estoy viendo algo mucho más perfecto ahora mismo.

*Para mí todo pareció ir en cámara lenta, mi pulso se aceleró y sus palabras retumbaban en mis oídos. “Yo estoy viendo algo más perfecto ahora mismo”.
¿Hablaban de mí?*

Giré tímidamente mi rostro para encontrarme con el suyo a tan solo centímetros del mío. Tenía su magnífica mirada esmeralda clavada en mí y sonreía como un niño viendo un juguete nuevo.

Sostuvimos ambos la mirada, los segundos parecían eternos.

¡Click!. El sonido del cierre nos trajo de vuelta a la realidad, disimulé para que evitara verme sonrojada, pero él ya se había dado cuenta, todavía seguíamos tomados de la mano y así estuvimos hasta regresar a casa.

Yo aún descansaba mi cabeza sobre el hombro de David cuando escuchamos el rugido de un coche frenar violentamente en el otro lado de la calle, no me cabía duda alguna. Era el coche de Patrick. El corazón me latió con fuerza por el sobresalto y el miedo, si encontraba a David allí, la cosa se pondría realmente color azabache. Por suerte él ya se había percatado de lo mismo,

así que se levantó de golpe.

-Supongo que esa es mi señal.

-Lo siento, nos veremos luego, David.

En el fondo realmente lamentaba que tuviera que irse, pero era mejor prevenir que lamentar.

-Si te grita, vendré y le patearé el culo.

-No hará falta, pero es muy dulce de tu parte.

El timbre de la puerta sonó, ya estaba ahí.

David no dijo una palabra más y empezó a dirigirse a la valla, cuando estaba a mitad de camino, se detuvo en seco y regresó hasta mí. Estuve a punto de preguntarle si estaba loco, pero entonces hizo algo que me dejó sin palabras.

David se inclinó hacia delante y besó mi frente de manera dulce.

Me guiñó un ojo y acto seguido salió corriendo hacia la valla, saltó por encima de ella, como si fuera un juego de niños.

Mi corazón latía ahora con fuerza, pero no era producto del sobresalto, del miedo ni por Patrick.

Las dudas acerca de mi amor imposible por el David de Miguel Ángel acababan de renacer.

Capítulo 3

Aún con mi corazón latiendo violentamente, las mejillas sonrojadas y

sintiendo un carnaval de fuegos artificiales en mi cabeza, me levanté a toda prisa hasta la puerta de enfrente para dejar pasar a Patrick, él odiaba que lo hicieran esperar. Miré por la mirilla antes de dejarlo pasar, por suerte no se veía errático ni mareado, gracias a Dios, esta vez estaba sobrio.

-¡Dame un minuto!

Dije antes de salir corriendo al baño para ponerme al menos decente. Después de un par de minutos, estaba lista para recibir a mi novio. Descorrí los seguros de la puerta y lo dejé entrar.

Patrick se abalanzó sobre mí y me levantó del suelo, haciéndome girar, le encantaba hacer eso. Era su atípica forma de saludarme, al menos cuando estaba de buenas.

Reí como tonta mientras Patrick me hacía dar vueltas y vueltas. Cuando empezamos a marearnos, me dejó suavemente en el suelo, no sin antes plantarme un enorme beso en los labios. Su lengua se abrió paso entre mi boca como una goleta atravesando el mar, aproveché para recorrer con mis manos sus fornidos y torneados brazos de atleta, el tacto de su piel con la mía hacía que mi calor corporal se elevara a niveles incontrolables. Sus manos gruesas bajaban y subían con ritmo propio, acariciando los lugares que él sabía que eran mi debilidad.

Esa era una de las razones que me unían tan fuertemente a Patrick, había algo en este hombre. Algo que no sabía explicar, ni mucho menos definir. Pero tenía la maravillosa habilidad de despertar en mí un mundo de sensaciones, era capaz de mandarme en un viaje de ida y vuelta en las aerolíneas del placer. Definitivamente me hacía subir en un tranvía llamado deseo.

Si David era un plácido Edén en el que podía descansar mi alma, Patrick era un vendaval de pasión, lujuria y desenfreno que me movía todos los

cimientos. Eran dos caras de una misma moneda, los hombres que estaban convirtiendo mi mente en un pandemónium sin tener un rumbo fijo.

Los besos subieron de intensidad poco a poco mientras tropezábamos con todos los adornos de mi salón, hubiera deseado que el jarrón estuviera allí, al menos así tendría una excusa por su desaparición.

-Espera... Espera...

- ¿Qué pasa?

-Quería hablarte de algo antes...

-Ya puede esperar, nena.

Patrick volvió a levantarme del suelo con facilidad, crucé mis piernas alrededor de su cintura para facilitarle el trabajo. Mis muslos comprimían su cuerpo como si de una anaconda se tratase. Mi voz había sido reemplazada por un jadeo constante al que Patrick correspondía con alevosía. Con un poco de esfuerzo, logramos escurrirnos hasta mi habitación, las sábanas que hacía apenas media hora había tendido, terminaron en el suelo cuando Patrick me arrojó sobre el colchón.

El sudor empezaba a correr por mi cuello como un río desbocado que era signo de la pasión que estaba sintiendo. Perdida en el deseo, mis ojos buscaban a Patrick, hasta toparse con sus penetrantes ojos azules que me examinaban detalladamente. Ahí, sobre la cama, era la presa perfecta para el depredador en el que se había convertido mi novio. Una fiera arraigada en el desenfreno y embebido de lujuria, acechando sigilosamente mi cuerpo.

Aunque normalmente Patrick era bastante pasional, este comportamiento nunca antes lo había visto en él, aunque debo admitir que me estaba encantando. ¿Acaso estaba siendo testigo del nacimiento de una nueva

versión de mi novio? No era “Patrick el Príncipe”, ni “Patrick el Ogro”, era, más bien, una mezcla de ambos.

Patrick “La Fiera”, me gustaba.

Se abalanzó sobre mí y puso una de sus manos sobre mi pecho, lo recorrió lentamente mientras sus dedos jugaban con los botones de mi bata de dormir. Nuestros ojos estaban fijos el uno en el otro, era como si, entre miradas, estuviéramos poniéndonos de acuerdo en un plan de acción, jugando al gato y al ratón, a ver quién hacía el primer movimiento.

-Te amo.

-Yo también.

En sus maravillosos ojos azules vi mi reflejo. Y por un segundo también me pareció ver a través de Patrick, difícil de explicar, pero creo que estaba viendo su alma. Ahí estaba, el chico dulce y tierno del que me había enamorado. Aquel que juraba que jamás se atrevería a hacerme daño y que preferiría morir antes que apartarse de mi lado. Era el hombre a quien yo amaba con locura, mi hermoso desastre.

Mi cuerpo estaba en un estado de trance y se movía rítmicamente bajo las gruesas manos de mi novio. Volvimos a fundirnos en un beso apasionado y profundo donde nuestras lenguas se juntaban en una armoniosa danza.

Las manos de Patrick se cerraron con fuerza sobre mi bata y, con un movimiento brusco, arrancaron los botones, dejando al descubierto mi pecho. Yo también, presa de la lujuria, jalé con brusquedad su chaqueta y su camisa, desprendiéndolas de inmediato de su fornido cuerpo. Los tatuajes de aspecto tribal que conocía de memoria me servían de mapa para recorrer los intrínsecos caminos de su torso, de arriba abajo, mis manos jugueteaban lentamente, acariciando su pecho y su abdomen, la respiración acelerada,

como la de un toro furioso, eran pruebas de que le gustaba.

Con mis uñas empecé a dibujar un mapa sobre su espalda, una marca en carne viva de nuestro pequeño encuentro, Patrick gemía tanto de placer como de dolor, solamente separaba su boca de la mía para proferir sus quejidos, que rápidamente eran apagados por nuestros besos.

Demasiado perdidos ya en la pasión como para parar o retroceder, nos sumergimos más el uno en el otro, con Patrick besando todo mi cuello y bajando de vez en cuando hasta mi pecho. La ropa ya nos resultaba más un estorbo que cualquier cosa, así que no pasó demasiado tiempo para que las pocas prendas que aún conservábamos sobre nosotros terminaran desperdigadas sobre la mullida alfombra de mi habitación.

Patrick se colocó encima de mí y lentamente fue abriéndose paso a través de mis piernas. Como un conquistador imperial, buscando territorios que reclamar, se adentraba cada vez más y más. Nuestros cuerpos se movían al unísono en una compleja pero sincronizada coreografía sensual. Mi cuerpo se contorsionaba levemente mientras empezaba a temblar, Patrick continuaba el vaivén de sus caderas a un ritmo que rayaba en lo frenético, sus ojos azules me miraban directamente como si no hubiera otra cosa digna de su atención.

Estuvimos envueltos en nuestros propios cuerpos por unos cuantos minutos más, hasta que empecé a sentir cómo Patrick disminuía poco a poco su ritmo, sin duda alguna entrando en el umbral del placer, sus quejidos así lo mostraban. Aproveché para apretar sus manos entre las mías, sus dedos entre mis dedos encajaron a la perfección, como si fueran las piezas faltantes de un rompecabezas, como si su único propósito en el mundo fuera combinar con las mías.

En los segundos finales, sus movimientos prepararon el camino para el cenit

de nuestro encuentro, un río de pasión hizo su cauce en mi vientre. Fuegos artificiales en mi cabeza, mariposas volando en mi estómago, todo me supo a chocolate por un momento y entonces mi cuerpo se estremeció, producto de la placentera descarga. La electricidad fluía a través de mí, provocándome escalofríos y poniéndome la piel de gallina. Patrick era el único capaz de provocarme esa sensación, solo él sabía la forma de llevarme hasta la cumbre del placer.

Patrick, mi hermoso desastre era un dios del sexo.

Se dejó caer a mi lado, aun jadeando, mientras pasaba mi brazo por sobre mi hombro. Yo aparté de mi frente mi cabello desmarañado y húmedo por el sudor.

-Te amo -Dije yo tratando de recuperar el aliento.

Patrick permaneció en silencio esta vez.

- ¿Pasa algo malo?

-Nada. Es solo que pienso en que voy a extrañar mucho esto... Voy a extrañarte a ti cuando te vayas a la universidad, vas a estar tan lejos y probablemente te olvides de mí en cualquier momento.

Tomé su rostro entre mis manos y lo acaricié suavemente, quería apartar todas esas dudas de su cabeza, no había manera alguna de que me olvidara de mi novio por ir a la universidad, ni siquiera porque estuviera en otro estado.

-Sabes que nada de eso va a pasar, Patrick. Vendré a visitarte en cada momento libre que pueda, no por el hecho de irme a estudiar a otro lado significa que te vaya a dejar de amar.

Él retiró el brazo que tenía sobre mis hombros y los cruzó sobre su pecho. Resopló con incomodidad y torció la mirada. Era tan adorable cuando hacia

ese tipo de pucheros...

-Sabes bien que eres lo más especial de mi vida, no debes ser tan desconfiado, cariño.

-Ya, comprendo. Pero... ¿Por qué tienes que irte a estudiar a Derry? Si decidieras entrar en una universidad comunitaria, estarías más cerca y así podríamos vernos siempre.

Ahora era yo quien cruzaba los brazos y torcía la mirada, aquí íbamos de nuevo.

Siempre que se tocaba el tema de la universidad y mis estudios, Patrick se convertía en el ogro. Realmente lamentaba el hecho de que hubiera sido expulsado y que no hubiera terminado su carrera, pero no era una razón para que yo tuviera que limitarme en mis ambiciones. Eran momentos como estos donde ponía en una balanza mi amor por Patrick y mis sueños de acudir a una prestigiosa universidad, tengo que admitir que ambas eran importantes... Pero no quería que el amor nublara mi juicio. Yo debía ir a Derry, sin importar nada más.

-Sabes que ir a Derry a estudiar medicina es mi sueño, Patrick, desearía que me apoyaras un poco más.

Me levanté de la cama y empecé a vestirme nuevamente, ya había perdido el interés en seguir conversando acerca del tema, sabía bien que Patrick no lo entendería. Él hizo lo mismo, en un par de minutos ya teníamos de nuevo nuestra ropa y caminábamos con dirección a la sala.

No sé cómo explicarlo, pero entonces, de la nada, Patrick estalló.

-¡Es una jodida basura! ¡Siempre es igual!

Le dio una patada a una de las mesitas, haciendo que se estrellase contra la

pared.

- ¡Cálmate, Patrick!

Pero mis intentos fueron en vano, avanzó totalmente furioso, derribando a su paso todo lo que encontraba en su camino. El ogro había aparecido de nuevo.

Se paró frente a mí y me empujó contra la pared, mi cabeza pegó contra un pequeño estante, ocasionándome un chichón.

-Es tu problema si quieres ser una zorra presumida. ¿Cuántas veces tienes que echarme en cara que irás a una maldita universidad para súper dotados? Probablemente allí es donde consigues otros tíos ¿verdad?

Quise contener el llanto.

No lloraba por el golpe, o porque me hubieran herido sus palabras. Aunque realmente así hubiera sido. Lloraba por la rabia contenida y por el hecho de no poder defenderme. Temía que la cosa se pusiera peor. No me enorgullecía de mí misma, pero era una cobarde.

Miré de nuevo a los ojos azules de Patrick buscando compasión, o al menos un rastro de la ternura de Patrick el Príncipe. No existía ya, se había marchado.

Patrick me miró con una mezcla de lo que presentí era rencor y furia. Azotó la puerta con fuerza de tal forma que uno de los cristales se resquebrajó.

Me dejé caer lentamente en el suelo y dejé que mis lágrimas corrieran sin contención.

Mi corazón y el jarrón de antes tenían ahora algo en común... Ambos estaban rotos.

Capítulo 4

Desde ese día, Patrick y yo no habíamos vuelto a tener ningún tipo de comunicación, esperaba que al menos estuviera muy arrepentido de lo que

había hecho, tengo que admitir que estaba empezando a odiarlo más que nunca. Era como si estuviera enfermo, sus cambios de humor eran impredecibles, la línea que dividía al Príncipe del Ogro era, a estas alturas, demasiado difusa para poder discernir.

David había venido apenas unos minutos después para investigar lo sucedido, había escuchado los golpes y gritos de Patrick y había temido lo peor. Tuve que mentirle al menos diez veces para que se tranquilizara y no fuera corriendo a buscar a Patrick para golpearle. Además de eso, había estado visitándome constantemente toda esa semana, la situación me había puesto muy deprimida y no hacía otra cosa más que comer y dormir. Había perdido la cuenta de cuántos tazones repletos de helado de chocolate había engullido mientras miraba por enésima vez “Titanic” en la televisión. Di Caprio era el referente más claro de Patrick, así que de manera muy masoquista siempre terminaba llorando al ver esa película.

Aunque no quisiera admitirlo, yo estaba postergando las cosas. Pensar en que en apenas un mes tendría que partir a Derry, alejarme de Patrick si éste continuaba con su comportamiento autodestructivo, poner mis cuentas claras con David. Simplemente no quería pensar en nada de eso por el momento. Me hubiera gustado dejar esas decisiones en las manos de alguien que estuviera mucho más capacitada que yo para hacerlo. En momentos así era cuando más extrañaba a mi madre.

“Nunca estarás sola”.

Esas habían sido sus últimas palabras para conmigo, pero estaba segura de que no se refería a mantener una relación sentimental abusiva solo por estar atada al amor. Mi madre siempre se había caracterizado por ser una mujer fuerte, responsable y, por sobre todas las cosas, independiente. Había sacado adelante nuestro hogar después de que un cobarde y responsable poco

hombre, al que lamentablemente debía llamar padre, nos abandonara. Pero eso jamás fue impedimento para que me inculcara valores de calidad. Fue mi modelo a seguir durante toda su vida.

No quería defraudar su recuerdo, ni siquiera por Patrick.

Estaba sumergida en mi propia miseria, llorando como tonta, viendo el amor que se profesaban Jack y Rose, uno como el que yo no tendría jamás. Los tazones donde habían estado los dos litros de helado que había utilizado para mitigar la tristeza se encontraban tirados en el suelo. Estaba arropada casi hasta la nariz con una muy gruesa colcha que utilizaba solo en invierno. Cualquiera que me hubiera visto en ese momento, imaginaría que era una especie de oruga en su crisálida, esperando convertirse en mariposa.

Quizás fuera cierto.

Escuché un ruido proveniente del ala trasera de la casa y me puse en estado de alerta. Últimamente me preocupaba muchísimo más en cuestiones de seguridad después de un terrible incidente que había ocurrido en el vecindario, una niña de apenas cinco años había sido asesinada, no habían dado con el culpable, pero la policía hacía su máximo esfuerzo, o al menos eso era lo que decían. ¿Cabía la posibilidad de que eso me pasara a mí? ¿Estaba a punto de convertirme en una estadística más de los números negros?

Escuché pasos acercándose pesadamente por la sala y contuve el aliento. Intenté pensar lo más rápido y claro que pudiese. ¿Debía esconderme en el armario? ¿Esperar al intruso tras la puerta y atizarle un golpe en la nuca cuando pusiera un pie en la habitación?

No, lo que iba a hacer era...

-Joder...

La puerta se abrió y quedé petrificada en seco, no había manera alguna de que eso estuviera ocurriendo.

David me miraba de forma apenada, como si hubiera acabado de hacer algo muy malo. Mi corazón dio un vuelco en el fondo de mi pecho y respiré aliviada, esto era mucho mejor que ser visitada por un potencial asesino.

-Lo siento, si quieres puedo volver luego -Dijo él mientras hacía ademán de cerrar la puerta y marcharse.

Aún sorprendida por el hecho de que mi vecino hubiera entrado en mi casa prácticamente sin que me diera cuenta, pero mucho más tranquila, le resté importancia con un gesto de manos mientras me levantaba rápidamente y me dirigía al baño, mi “hibernación” me había dejado demasiado fea como para recibir a David.

- ¡Casi me matas de un susto, David!

Le dije desde el baño mientras hacía maravillas para ponerme presentable en el menor tiempo posible, salté dentro de la bañera para tomar una ducha rápida. En unos diez minutos estaba, al menos, decente.

Cuando salí del baño, recogiendo mi cabello en una coleta, David me esperaba sentado sobre mi cama. Tenía una expresión de perro regañado, probablemente apenado por haber llegado de esa forma hasta mi habitación.

-Lo siento, Cassie. Es solo que hacía un par de días ni siquiera te había visto, necesitaba ver que estabas bien.

Me senté a su lado en la cama, el colchón cedió un poco, haciendo que terminara más junto a él de lo que esperaba en principio.

-No pasa nada... Gracias por preocuparte por mí. Eres un gran amigo.

-Amigo...

-¿Qué pasa? ¿Acaso no lo eres?

David se mantuvo en silencio por un segundo antes de girarse ante mí y dedicarme una tierna sonrisa.

-Sabes que siempre te apoyare, Cass, incluso aunque me cueste la vida.

Apretó mi mano entre la suya y sentí como si todo estuviera bien en el mundo. Sus ojos denotaban una pureza y sinceridad que no había visto desde hace mucho tiempo. De pronto se marcaron los hoyuelos en sus mejillas y esa sonrisa pícaro, que precedía a alguna travesura, apareció en su hermoso rostro.

- Vamos a ir a un lugar, creo que te gustará.

- ¿Cuándo? -Pregunté divertida ante la repentina propuesta.

- Justo ahora.

David me cogió de la mano y salimos corriendo a través de la casa, yo empecé a reír como tonta. En vez de utilizar la puerta de enfrente, como las personas normales, me guió a través de la puerta trasera, la cámara rebotaba sobre su pecho con cada paso que daba. Al llegar hasta la valla que dividía el terreno de nuestras casas, nos detuvimos en seco. Con un movimiento muy ágil, David saltó la valla y esperó por mí desde el otro lado.

-No voy a saltar.

- ¿Por qué no?

-No puedo.

-Tienes miedo a arriesgarte, eso es todo.

Vi de reojo la valla y titubeé un poco, intentaba calcular mentalmente si realmente yo sería capaz de saltar por encima de ella de la misma manera en

que David solía hacerlo.

-Espera un momento. ¿Cuántas cosas no has perdido simplemente por el miedo a arriesgarte?

La oportunidad contigo, principalmente...

-Ehmmm...

David sonrió dulcemente de nuevo y estiró su mano por encima de la valla, extendiéndola en mi dirección. Dudé un poco antes de tomarla, pero cuando lo hice, sentí como si la valentía se apoderara de mí nuevamente. Imitando los mismos movimientos que había visto antes en David, salté por encima de la valla, aterrizando de pie junto a él, al otro lado de la calle.

-¡Yaaaaiiii! Ahora soy toda una atleta extrema como tú.

-Te acabas de graduar en confianza 101.

Ambos reímos, demasiado concentrados en los ojos del otro como para percatarnos de algo más.

Empezamos a correr por todo el pueblo, tomados de la mano, yo no sabía adónde nos dirigíamos, o si me toparía con Patrick por el camino, realmente, en ese momento, nada me importaba más que seguir sosteniendo la mano de David y seguir el camino que él recorriera: el infierno, el paraíso, la palaya, el horizonte, el fin del mundo... Lo seguiría hasta allí y de regreso.

Después de recorrer una buena parte del pueblo, nos detuvimos frente a un sitio que me resultó, por lo menos, inesperado.

-¿El asilo de ancianos?

Pregunté sorprendida mientras veía a David saltar por una valla aún más alta que las que dividía nuestras casas. Él aterrizó del otro lado y recorrió el

seguro de la puerta para que pudiera abrirla desde mi posición.

-Trabajo aquí de voluntario a veces.

Esa revelación me sorprendió, sabía del lado altruista de David, pero nunca hubiera imaginado que dedicara su tiempo a ayudar a los ancianos del pueblo. Ese chico era una caja de sorpresas.

-Ven, quiero presentarte a mis amigos.

Íbamos tomados del brazo, entramos en el asilo y yo estaba a la expectativa.

-David Rubick Lubby, ¿cómo estás, churrita?

Un señor de unos setenta años apareció ante nosotros, su vestimenta era una particular mezcla de diferentes estilos. Usaba una camisa Hawaiana semi abierta dejando ver unos cuantos pelos grises en su pecho. A pesar de que estábamos en el interior, él llevaba unas gafas oscuras de diseñador. Bermudas y botas Timberland sin calcetines completaban su particular atuendo. No pude evitar sonreír ante el particular sujeto.

David le dio un abrazo fraternal y chocó puños con el abuelo, como si de uno más de sus colegas se tratase.

-Jhonny, luces muy bien.

-Ya lo sabes, nene, Jhonny Rock es el tipo más genial de...

El señor entonces reparó en mí y se quedó observándome en silencio, estaba a punto de preguntarle qué sucedía, pero no quise ser descortés. Además, David sonreía complacido.

-¿Eres Dalia? Eres hermosa como Dalia... Debes ser Dalia.

El abuelo entonces tomó mi mano y con delicadeza, la besó. En un gesto de absoluta caballerosidad, hizo una reverencia, no entendía lo que estaba

pasando.

-Ehhmmm...

-No, no es Dalia, Jhonny, pero te prometo que la traeré la próxima vez.

El abuelo nos guiñó un ojo a ambos y luego se marchó como si nada.

-¿Qué acaba de suceder?

-Jhonny padece de Alzheimer, Dalia es su hija... Ella se mudó al extranjero hace mucho tiempo. Antes lo visitaba, así que espera el día en que ella vuelva. Nunca la he visto, pero siempre que hablamos, menciona que es muy hermosa. Por eso te traje hasta aquí, sabía que tú le recordarías a ella. Ahora, al menos por el resto del día, él estará feliz.

Me quedé en silencio mientras analizaba todo lo que David acababa de contarme.

-Discúlpame por “usarte”.

- ¿Disculparte? Dios. Gracias por considerarme hermosa.

Ambos nos quedamos mirándonos nuevamente y nos tomamos de la mano. Sonreímos.

Entonces David se dedicó a presentarme a todos sus amigos del asilo, personas realmente dulces y con historias conmovedoras. Trataban a David más como a un hijo que cualquier cosa. Era maravilloso ver cómo se iluminaban sus rostros cuando lo veían acercarse a ellos para conversar un poco. La mayoría de las veces le preguntaban por mí y él me presentaba con ellos.

Uno de los abuelos usaba una gorra de marineró blanca, David se la pidió prestada y se la colocó. Paseamos un rato más por el asilo hasta llegar a una

especie de jardín donde había bancos y sillas. Nos sentamos a descansar mientras veíamos de lejos a los ancianos. Como el banco era bastante pequeño, solo había espacio para una sola persona, nos miramos por un segundo, como si decidiéramos internamente quién tendría el privilegio. Él estaba sonrojado y no se atrevía a decir ni una palabra.

-Descuida, tengo una idea.

Lo empujé suavemente, haciendo que cayera sentado en el banco. David me miraba sorprendido y ruborizado. Me senté sobre su regazo, simulando que no le daba importancia al asunto, me pareció muy tierno que se pusiera nervioso al estar tan cerca de mí. Poco a poco fue perdiendo la vergüenza y rodeó mi cintura con sus brazos. Suspiré plácidamente al sentir el tacto de sus manos sobre mi cuerpo.

-¿Quisieras estar en un sitio como este cuando tengas su edad?

Dije mientras señalaba hacia donde estaban reunidos los ancianos. Él suspiró profundamente antes de quedarse en silencio y apoyar su rostro contra mi espalda.

-¿Qué pasa?

-Quisiera estar en un sitio así, o en cualquier otro. Solo con una condición.

Me quedé esperando su respuesta, pero no llegaba.

- ¿Quieres saber cuál es? -Preguntó al fin.

- ¿Cuál?

-Que estés en el mismo lugar que yo. Quisiera estar contigo, siempre.

Di gracias a Dios de que estuviera dándole la espalda y que desde su posición no pudiera ver la expresión que en ese momento tenía en el rostro. No podía

hacer otra cosa que no fuera sonrojarme y sonreír.

-Quién sabe... Quizás lo que dices no sea algo imposible de cumplir. Podemos estar juntos para siempre... Al menos en teoría.

Tomé la cámara que llevaba colgada a su cuello y la sostuve frente a nosotros para tomarnos un selfie. ¡Click!

-Es una buena teoría. Las fotografías pueden immortalizar cualquier cosa, son imperecederas a través del tiempo, igual que el amor.

-Lo sé.

David suspiró y dejando aún una de sus manos sobre mi cintura, con la otra apretó una de las mías.

-Me gustaría que este instante no terminara jamás.

No se nos ocurrió ninguna otra palabra, el momento era simplemente perfecto. Nos quedamos en silencio, esa era nuestra forma de decir "Te amo".

Cuando el atardecer empezó a rayar en el cielo, estábamos listos para volver a casa. Lo había pasado realmente genial, incluso ya no estaba para nada triste. Todos los abuelos nos acompañaron de nuevo hasta la entrada mientras nos pedían que, por favor, regresáramos de nuevo.

Jhonny Rock nos hizo compañía hasta que dimos los primeros pasos en la calzada exterior, se despidió de David de la misma manera efusiva y juvenil. Me dio un fuerte abrazo y volvió a besar mi mano en señal de respeto.

-Eres hermosa. Seguro eres Dalia.

Le día una mirada cómplice a David, que me devolvió con la misma picardía y culpabilidad.

-Claro que soy Dalia, nos veremos de nuevo, Jhonny.

Le guiñé un ojo al abuelo, él sonrió como un niño. No le importó que se notaran la falta de unos cuantos dientes en su boca.

David volvió a tomarme de la mano y emprendimos el camino de regreso.

- ¡Eh, David! Dalia es hermosa. ¡Debería ser tu novia!

Gritó Jhonny Rock a través de las rejas de la puerta del asilo.

David se giró para responderle.

-¡Lo sé! ¡Ya lo es!

No me atreví a decir nada, solo apreté su mano con más firmeza.

Ahora deseaba ser Dalia.

Capítulo 5

Los días posteriores a mi último encuentro con David habían estado llenos de expectación y nerviosismo, él había tenido que salir de viaje urgentemente, antes de marcharse me había prometido que a su regreso tendríamos una conversación importante, había algo que tenía que contarme. La cabeza me daba vueltas imaginando todas las posibilidades, desde las terribles hasta las mejores, pasando por las imposibles, la gama de opciones era muy amplia.

Además estaba en lo que yo había denominado un proceso de desintoxicación de mi novio, pensaba en Patrick lo menos posible, e incluso ya estaba barajando la posibilidad de que ya no podíamos llamarnos novios. Con este eran ya siete días desde nuestro incidente, siete días en los que no había tenido noticia alguna de él. Siete días en los que ni siquiera se preocupó por escribirme o llamarme para pedirme disculpas o al menos ofrecerme una explicación.

Había decidido entonces que, si ese día no tenía noticias de él, iba a dar por terminada nuestra relación, por mucho que me doliera, no podía atarme a una relación toxica como la que estábamos teniendo.

Poco a poco se iban acortando los días que me faltaban antes de tener que irme a Derry, así que intentaba aprovechar al máximo mi tiempo libre. Desde la visita al asilo, había acudido un par de veces esa semana a pesar de que David no estuviera, me estaba sintiendo muy apegada a los abuelos, todos tenían historias tan interesantes que pude entender por qué se llevaban tan bien con alguien como mi vecino. Esa noche tenían planeado una partida especial de Bingo donde acudirían sus familiares, muchos de ellos me habían pedido que acudiera yo también esa noche.

Me encontraba terminando de maquillarme frente al gran espejo de mi habitación cuando escuché el timbre de la puerta principal. Como ya estaba a punto de terminar, decidí dejar que la persona que estuviera llamando a mi puerta esperara un poco más, yo no estaba esperando ninguna visita, y si realmente era tan importante el asunto por el que me buscaban, entonces esperaría. Cuando ya me había maquillado y rociado un poco de perfume, tres insistentes pitidos sonaron, al parecer la persona que me buscaba aún seguía allí.

Suspiré enfadada por el hecho de tener que ir a abrirle a alguien cuando

realmente lo que necesitaba era salir de una vez, no quería llegar tarde al asilo. A mitad de camino hacia la puerta, una idea vino a mi mente: ¿acaso podría ser David? Llegar de improviso justo a tiempo para que fuéramos a la noche especial del asilo sonaba como algo que él haría. Aunque él se había ido de viaje exprés antes de que me invitaran a la noche de bingo, él conocía a todos allí, alguien pudo haberle llamado por teléfono y comentarle mis planes de asistir.

Con esta idea en mente, estaba casi segura de que era él quien estaba tocando a mi puerta. Me sentí nerviosa, incluso las plantas de mis manos cosquilleaban, tenía muchísimas ganas de ver a David. Arreglé un poco mi cabello con mis manos y acomodé mi escote, quería verme lo más seductora posible para él. Estaba tan convencida por la idea que acababa de nacer en mi mente, que ni siquiera me tomé la molestia de mirar a través de la mirilla quién era la persona que llamaba a mi puerta. No quería barajar la posibilidad de que fuera alguien más.

Abrí la puerta lentamente y de forma despreocupada.

-¡Qué bueno que...!

-Hola, nena.

De todas las posibilidades que manejaba, ninguna de ellas se acercaba siquiera al hecho de que la persona que estuviera llamando a mi puerta fuera él.

Alto, con el cabello ligeramente desarreglado, fumando un cigarrillo y con su característica chaqueta de cuero. Mi hermoso desastre, Patrick.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Dije sin poder disimular la sorpresa que me había provocado su repentina

aparición.

-¿Acaso no puedo venir a buscar a mi novia para ir a cenar?

Lo miré confundida, ¿realmente era tan cínico como para preguntarme eso? ¿Acaso había olvidado mágicamente todo lo que había pasado hacía apenas una semana?

-Estás muy equivocado.

Intenté cerrarle la puerta en las narices, pero él fue más rápido, metió su pie en medio, impidiendo que pudiera atrancarla.

- ¡Nena por, favor! ¡De verdad me moría de ganas por verte! Hablemos.

- ¿Ahora quieres hablar?

Por dentro estaba hirviendo de rabia. ¿Cómo podía estar ahí actuando como si nada hubiese pasado?

Patrick hizo un poco de fuerza con su pierna y fue suficiente para doblegar mi empuje, ahora ya había pasado hasta el umbral de la puerta y se encontraba frente a mí.

-Cassie... Mírame.

-No.

-Mírame.

- ¡Joder, Patrick, no!

Patrick tomó mi rostro entre sus gruesas manos y lo sostuvo con firmeza, pero de forma delicada al mismo tiempo. A pesar de que había tratado de evitarlo a toda costa, mis ojos terminaron encontrándose con sus penetrantes ojos azules. Eran hipnóticos, poderosos, mágicos. Una laguna de agua cristalina en la que me sumergía para olvidarme de todo lo que existía a mi

alrededor, los ojos de Patrick eran la octava maravilla del mundo. Nuestras miradas se juntaron por un solo segundo que pareció hacerse eterno, solo eso bastó.

Patrick me plantó un profundo y largo beso en los labios. En mi mente volvieron a estallar fuegos artificiales y mi respiración se agitó inmediatamente. Era como si tan solo con ese beso, Patrick estuviera diciéndome todo aquello que no podía pronunciar con palabras. Fue espléndido, sublime. Algo fuera de este mundo. Por un momento sentí que mis pies se despegaban del suelo, demasiado liviana como para ceder a la fuerza de gravedad. Después de unos cuantos segundos, se separó lentamente de mí y me sonrió con dulzura.

- ¿A dónde querías llevarme?

Él solo extendió su mano hacia mí, guiándome a cogerla.

Caminamos en dirección a su coche y seguimos besándonos en todo el trayecto del viaje. Repentinamente había olvidado todo lo relacionado a la noche especial del asilo, en ese momento mi mente estaba llena absolutamente por Patrick.

El príncipe había vuelto a hacer acto de presencia.

Condujo por las calles del pueblo recorriéndolas a toda velocidad, alternaba su atención entre el camino y yo. De vez en cuando tomaba y me besaba con delicadeza.

Después de unos cuantos minutos, llegamos al sitio donde me esperaba una magnífica sorpresa.

El sitio en cuestión era *Elzar's*, el mejor restaurante de la ciudad, a pesar de que había vivido por tanto tiempo allí, nunca antes había visitado ese lugar.

El anfitrión nos hizo caminar hasta el área VIP que se encontraba en la zona exterior del restaurante, allí la vista era sumamente magnífica, daba directamente a un jardín repleto de todo tipo de flores y una enorme fuente que se encontraba encendida en ese momento con un espectacular juego de luces y agua. Patrick no había reparado en gastos para dedicarme una noche especial, aunque siendo sincera, cualquier noche junto a mi novio era especial, podíamos estar en el restaurante más costoso de todos o debajo del puente más antiguo y tétrico. Él tenía la capacidad de hacer de cualquier momento, algo maravilloso.

Tomamos asiento en una de las mesas principales y nos acomodamos mientras disfrutábamos del espectáculo de las luces. En un par de minutos, el anfitrión regresaba hasta nuestra mesa trayendo consigo una botella de Champagne que descorchó con habilidad antes de servirnos un par de cuantiosas copas.

-¡Dios! ¡Esto es hermoso, Patrick!

-Ni siquiera tan hermoso como tú.

Nuestras manos se juntaron sobre la mesa y nuestros ojos volvieron a encontrarse, les era difícil estar apartados unos de otros. En ese momento no existía nada más que él y yo, compartiendo un momento que me hubiese gustado que durara para siempre.

-Sé que hemos estado pasando por momentos difíciles. Nadie puede estar más al tanto que yo, quiero pedirte disculpas por todo, Cassie.

Observé en silencio a Patrick disculpándose, era una actitud no muy común en él, por lo que me resultaba tan sorprendente.

-Eres lo más importante en mi vida y no quiero perderte, por favor...

-No hay razón para que me pierdas, no si aprendes a comportarte.

Patrick asintió levemente, sus ojos azules se habían vuelto un poco acuosos.
¿Realmente iba a llorar?

-He pensado que no tengo porqué truncar tu sueño de ir a Derry, sé que es algo muy importante para ti, así que tuve esta idea... Mudémonos juntos allí. Tú podrás acudir a tus clases y eso no implicará que tengamos que estar separados.

Me quedé de piedra al escuchar esas palabras, una mezcla de sensaciones estaba ahora apareciendo en mi interior. Por una parte era una idea genial, en un par de ocasiones anteriores habíamos planteado la posibilidad de mudarnos juntos, pero eso era mientras estábamos en el pueblo. El hecho de que me acompañara a Derry me ponía, por lo menos, nerviosa. Y a pesar de que se estuviera comportando de nuevo como el Príncipe, no estaba lo suficientemente convencida de su propuesta, era algo demasiado complejo para tomárselo tan a la ligera como él lo estaba planteando en ese momento.

Intenté disimular lo mejor que pude mientras ordenaba mis ideas y pensaba en qué responderle, pero algo en mi rostro debió haber reflejado mi poca seguridad pues en su rostro apareció una expresión de decepción.

-Lo sabía, no quieres hacerlo... Fue muy estúpido haber dicho eso, lo siento.

-¡No, no! No es eso realmente, Patrick, es que...

-¿Qué? Nos amamos y siempre hemos querido vivir juntos. ¿Por qué no podemos hacerlo ahora?

-Es solo que creo es muy apresurado. Me gustaría que lo pensáramos un poco más y entonces podríamos tomar una decisión.

Patrick resopló visiblemente molesto.

Cuando estaba a punto de responderle para intentar calmarlo, el ruido de un tremendo alboroto llegó a mis oídos.

-¡Puedo entrar a este maldito sitio si así quiero! ¿Quién mierda va a intentar detenerme?

Un tipo con aspecto muy desaliñado estaba sosteniendo por las solapas de la chaqueta al anfitrión y lo zarandeaba mientras otros hombres intentaban echarle una mano.

No podía ser verdad. Ese hombre era el tío de Patrick.

-¡Ah! ¡Ahí está mi muchacho!

Tiró al anfitrión al suelo sin mucha dificultad y se encaminó hacia nuestra mesa. Yo no podía creer lo que estaba pasando. Ese maldito neandertal venía directo hacia nosotros y por la expresión en su cara, supuse que sus intenciones no eran nada buenas.

Patrick rápidamente se levantó de la mesa, previendo lo que podía ocurrir.

- ¡Tío! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

- ¿Esas son formas de hablarle a tu maldito tío?

El hombre se paró frente a nuestra mesa y metió sus asquerosas manos en mi plato, arrancando un pedazo de mi comida y llevandoselo a la boca. Mi expresión era de furia total, aún no entendía cómo Patrick podía estar relacionado con ese horrible sujeto.

Se atragantó con la comida y deseé que se ahogara, para mi desdicha no fue así, terminó escupiendo en el suelo y pasándose la manga por la boca para limpiarse los restos.

-¿Así que este pimpollo es tu novia? Creo que debe saber mejor que esta

maldita comida.

El tío de Patrick me miró con una lascivia tan asquerosa que sentí como si me desnudara con la mirada.

-¡Ya basta! No puedes venir aquí como si...

- ¡Vine a buscarte, mariquita! Tenemos trabajo que hacer.

Estaba jalando a Patrick y lo zarandeaba. Jamás hubiera imaginado que alguien sería capaz de reducir a mi novio a ese nivel.

-¡Déjelo en paz! ¡Seguridad!

Empecé a llamar pidiendo auxilio pero entonces Patrick me interrumpió.

-No te metas en esto, Cassie.

Dijo de forma cortante mientras se quitaba las manos de su tío del pecho. Lanzó un par de cientos de dólares sobre la mesa en un muy descortés gesto para pagar la cuenta y, sin decirme ninguna otra palabra, se marchó tras su tío.

El anfitrión vino hasta mi mesa y me preguntó si conocía a ese hombre y decirme que iba a llamar a la policía. Simplemente asentí decepcionada mientras agachaba la cabeza.

Tuve que tomar un taxi para regresar a casa y en el camino solo les daba vueltas a ideas realmente turbias: ¿qué clase de “trabajo” tendría que hacer Patrick con una basura como su tío? ¿Era legal? En ese momento llegué a la conclusión de que quizás, tal vez solo quizás, la petición de Patrick por mudarnos juntos a Derry podía ser un silencioso grito de ayuda, quizás necesitaba apartarse de su tío, pero no podía decirme el porqué.

Estaba tan cansada y deprimida cuando llegué a casa que ni siquiera me fijé en que las luces de la casa de al lado estaban encendidas.

Capítulo 6

La noche anterior había sido extremadamente pésima así que mis ganas de levantarme al día siguiente eran prácticamente nulas. El despertador sobre mi mesita de noche empezó a sonar de forma molesta indicando que ya eran más de las ocho. Le lancé varios manotazos desquiciados intentando fustigar el botón para acallar el escándalo, pero todos mis intentos fueron en vano.

-Joder...

Musité por lo bajo mientras al fin alcanzaba a atinarle un fuerte golpe al despertador, haciéndolo terminar en el suelo.

Me levanté con la mayor de las flojeras, arrastrando los pies sobre la alfombra. Me miré en el gran espejo del baño e intenté arreglarme un poco el

cabello, no había solución. Abrí el grifo de la bañera y dejé que se llenara de agua tibia, luego le añadí casi la mitad del bote de burbujas. Me sumergí en la bañera y recosté mi cabeza sobre un paño colocado en el borde. Cerré los ojos y decidí relajarme un rato. Había demasiado que necesitaba sacar de mi mente.

Pero entonces recordé a Patrick y en cómo su tío había interrumpido nuestra velada. A pesar de que intentara estar calmada, en el fondo seguía preocupada por esa situación, mi novio podía estar metido en asuntos muy turbios y eso no era nada bueno.

Según recordaba, su tío había estado casi diez años en prisión por intento de homicidio, aunque nunca pudo probarse del todo, ese sujeto no me daba buena espina. Las pocas veces que lo había visto, me había generado repudio. Su forma de vestir solo me recordaba a esos delincuentes de los programas de televisión donde trataban temas policíacos.

Con la yema de mis dedos masajee mis sienes intentando hacer que fluyeran las ideas.

Patrick podía estar en peligro o quizás algo peor y eso no me dejaba estar tranquila. Pero luego recordaba su actitud seca y cortante cuando me dijo que no me metiera en sus asuntos. ¿Por qué me había tratado de esa forma? ¿Qué me estaba ocultando? Tendría que averiguarlo, sin importar lo que me costara.

Después de estar casi una hora en la bañera, me encontraba un poco más relajada. Había decidido tomar al toro por los cuernos, así que en la tarde iría a buscar a Patrick sin importar dónde o con quién estuviera, iba a confrontarlo y a exigirle respuestas. Si de verdad era cierto todo lo que me había dicho en la cena, entonces tendría que demostrármelo, tendría que

confiar en mí.

Después de ponerme ropa cómoda, empecé a ordenar la casa, encendí la radio y al ritmo de la animada música de R&B, me dediqué a limpiar hasta los lugares más recónditos de mi hogar, eso me mantuvo ocupada alrededor de un par de horas, cuando por fin terminé, mi casa relucía como una tacita de plata. Me dejé caer sobre el sofá de mi salón, dispuesta a disfrutar de un merecido descanso cuando, de pronto, sonó el timbre de mi puerta.

Dudé por unos segundos antes de levantarme a abrir, no estaba de ánimos para atender visitas en ese momento, unido al hecho de que últimamente solo desencadenaba problemas cada vez que abría esa puerta.

Sin embargo, la insistencia era la bandera del visitante inesperado, pues presionaba con insistencia el timbre de mi puerta como si fuera un juguete. Intenté dejar de lado el ruido del timbre, a ver si el extraño terminaba por cansarse y marcharse, pero no parecía que eso fuera a pasar.

-¡Ya voy, joder!

Grité molesta antes de dirigirme a la puerta. Espié a través de la mirilla para verificar que esta vez no me tomara por sorpresa mi novio, aun así... terminé sorprendida.

Una mujer estaba frente a mi puerta.

Era muy hermosa, no es que yo me sintiera atraída por las chicas, pero no podía negar la belleza cuando la veía. Su piel blanca y su cabello castaño hasta sus hombros le daban un aspecto soberbio pero a la misma vez elegante, aparentaba estar entre los treinta o treinta cinco años. Parecía una de esas modelos de las portadas de Vogue. Llevaba un muy bonito gato de angora en sus manos, el color de su pelaje combinaba a la perfección con el atuendo de la mujer. Era como si ambos fuesen la contraparte del otro, me

pregunté si la chica se vestía así a propósito.

Abrí la puerta lentamente hasta que estuvimos frente a frente.

-¿Puedo ayudarla en algo?

-¿Cassie, verdad?

Dijo ella con un marcado acento extranjero, pronunciando una “ge” en la mayoría de sus palabras, no podía estar segura. pero me decantaba porque era francesa.

La expresión de mi cara cambió rápidamente al escuchar que la desconocida sabía mi nombre.

- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

-Lo siento. Disculpa mis modales. Mi nombre es Alejandra. Conozco tu nombre porque David siempre ha hablado mucho de ti.

-¿Conoces a David?

Pregunté impresionada, estaba intentando adivinar qué conexión tenía con él, aunque supuse que se trataba de alguien de su pasado en Europa. El verdadero misterio era qué estaba haciendo ella allí y por qué había llamado a mi puerta.

-Sí, es una larga historia. ¿Podrías prestarme tú teléfono? Necesito llamar a David, llegamos anoche y nos hemos instalado en casa, pero cuando salí con Tommy...

Alzó al gatito provocando que maullara al sentirse incómodo.

-...Nos hemos dejado las llaves dentro.

Mi mente estaba trabajando a mil por hora para asimilar todo lo que ella acababa de decir. ¿Había llegado anoche David también? ¿Se instaló con su

gato en casa de él? ¿Cómo demonios tenía sus llaves? Según lo que estaba entendiendo, existía una gran posibilidad de que esta chica fuera mucho más cercana a David de lo que creí en un principio. ¿Novia tal vez? Puse mi mejor cara de póker mientras empezaba a arder de celos por dentro. David era mi vecino, ¿por qué estaba teniendo celos de esta chica?

-Seguro. Pasa y toma asiento.

Dije fingiendo amabilidad lo mejor que pude. Pasó frente a mí y se dirigió a uno de los sillones del salón, su caminar era calmado y elegante, se desplazaba por el lugar como si de una pasarela se tratase. Tengo que admitirlo, me estaba poniendo celosa y envidiosa.

-¡Ah! Es una casa adorable, muy diferente al estilo de Lyon, pero resulta acogedora. ¿La decoraste tu misma?

Dijo ella sonriendo ampliamente, a pesar de que probablemente ella lo estuviera diciendo como un cumplido, los celos dentro de mí me hacían verlo como un insulto disfrazado.

-Sí, sí, yo la decoré con todo lo que encontré en los contenedores de basura de los barrios ricos.

El sarcasmo en mi voz era tan agudo y punzante como un cuchillo.

Le ofrecí mi teléfono con desdén aunque intentando no parecer tan odiosa. Ella me agradeció con otra sonrisa y tecleó rápidamente el número de David, que por suerte ya tenía guardado en mi agenda.

- ¿Aló? ¡Ah, *mon amour*, estoy aquí, en la casa de Cassie! He dejado las llaves en casa y también mi móvil, así que... ¿En serio? Oh... *Oui, oui*. Perfecto, está bien. Te esperaré entonces. *Au revoir*.

Alejandra me devolvió el teléfono visiblemente agradecida.

-¿Qué te ha dicho?

-Oh, me ha dicho que ya está muy cerca de aquí y que llegará en unos cuantos minutos. Espero que no te moleste que lo espere aquí.

-Para nada.

Dije de forma seca y cortante. Ella puso cara de avergonzada, quizás me había pasado de la raya.

-Y... ¿Hace mucho que conoces a David?

-*Oui*. Hace cinco años que ehm... cómo se dice... “Compagtimos” juntos.

Mi corazón se estaba resquebrajando en ese momento. David había estado en una relación con esta chica desde hacía cinco años y ni siquiera me lo había mencionado. Quizás era un Don Juan y tenía novias desperdigadas por toda la maldita Europa y yo era simplemente una tonta por creer que su forma de tratarme era porque yo le gustaba.

Me sentí realmente estúpida en ese momento, quizás todo había sido producto de mi imaginación, David nunca me había dicho directamente que se sentía atraído por mí ni nada por el estilo, quizás solo estaba siendo amable conmigo y yo solo malinterpretaba la situación. Después de todo, no podía esperar que se fijara en mí teniendo a la reina de las pasarelas francesas.

-Ya veo, seguramente les va muy bien. Qué bueno, David... David lo merece. Es un chico genial.

Intenté hacer mi mejor esfuerzo por enmascarar la tristeza en mi voz, aunque por la expresión que ella había puesto en su rostro, quizás no había tenido éxito.

-Eh, *oui*. David es maravilloso. Tan talentoso, inteligente, agradable, cariñoso... Y atractivo.

Me guiñó un ojo de forma picara. Yo la odié sin razón aparente. Bueno, quizás los celos fueran razón suficiente.

-Ya veo...

Me sentía herida y molesta. Quería sacarla de inmediato de mi casa, ¿pero cómo iba a explicarle a mi vecino que había echado a la calle a la chica solo por el hecho de que era su novia?

Escuchamos un coche detenerse frente a la calzada de la casa. Me asomé rápidamente a la ventana y gracias a Dios... se trataba de David, significaba que al menos la tortura de tener en frente al prototipo de mujer ideal del chico a quien yo consideraba ideal se terminaría. Ella también se asomó a la ventana y le hizo un gesto con la mano, invitándolo a entrar a mi casa.

La puerta se abrió lentamente y luego entró David cargando sobre sus hombros un enorme bolso de viaje. Se acercó hasta mi para darme un abrazo, pero yo simplemente lo evadí, él pareció no darse cuenta de mi odioso gesto.

-No sabes cuánto te agradezco por haber recibido aquí a Alejandra, eres maravillosa.

-No hay de que...

Volví a responder de forma seca, tratando de darle la espalda.

-¡*Mon amour!*

Alejandra se levantó como impulsada por un resorte, directa a los brazos de David. El pequeño gato saltó también sobre él y se colocó en sus hombros. Fue entonces cuando acercaron sus rostros y yo me preparé para darle el golpecito final a mi corazón.

Para mi sorpresa, no se besaron en la boca, ella le dio un beso en cada mejilla. El típico saludo francés. Quizás solo no les gustaba mostrar afecto en

público, pero no importaba. Era todo lo que necesitaba saber para darme cuenta que David ya tenía su corazón designado para alguien más, alguien que no era yo.

-Bien... Creo que ya te hemos causado muchos inconvenientes por ahora, Cassie.

Dijo David disculpándose mientras me sonreía, yo intenté devolverle una sonrisa similar a la que él me estaba dando pero no pude.

-No te preocupes...

-Gracias, Cassie, realmente eres tan dulce como David siempre dice.

David puso su dedo índice sobre sus labios en señal de que no dijera nada más y Alejandra rió divertida.

-Está bien, mejor nos vamos ya. Adiós, ha sido un placer conocerte.

-El placer fue todo mío. Al parecer el buen gusto de David no se limita solo al arte.

Le respondí mientras ellos abandonaban el umbral de mi puerta. Pero se detuvieron al instante y giraron de nuevo hacia mí, se estaban riendo.

- ¿Qué quisiste decir con eso? -Dijo David mirándome de forma inquisidora.

Diablos, había metido la pata.

-Ehm, no es nada malo. Quise decir que hacen muy buena pareja.

David y Alejandra intercambiaron miradas de complicidad antes de reírse a carcajadas. En ese punto creí que se estaban burlando de mí y me enfadé.

-¿Qué es tan gracioso?

-Lo gracioso... Es que Alejandra es mi prima, ha venido a pasar unos días en mi casa antes de regresar a Francia -Remató David de forma alegre y risueña, los hoyuelos en sus mejillas no mentían, estaba disfrutando realmente de esa situación.

Mi cara entonces se volvió un poema. Había actuado como una colegiala, me sentí realmente mal por haber sido cortante con Alejandra. Mi cara empezó a ponerse roja como un tomate.

-... ¡Ya lo sabía! Jajaja. Solo estaba bromeando.

Dije antes de meterme de nuevo en la casa casi corriendo y cerrando la puerta tras de mí.

La cómica situación que acababa de vivir me había dejado una lección mucho más profunda e importante de lo que parecía a simple vista.

David, mi vecino. El chico más genial sobre la faz de la tierra, me importaba mucho más de lo que creía.

Me quedé mirando al techo con una sonrisa enorme pintada en los labios. Me preguntaba si yo también le importaría de la misma forma. Esperaba averiguarlo pronto.

Capítulo 7

Habían pasado solo un par de horas desde que David y Alejandra se habían marchado, me estaba preparando para salir a buscar a Patrick y aclarar de una vez por todas qué era lo que estaba pasando con él y su tío. Mi situación actual era difícil de describir, estaba muy preocupada por mi novio, pero al mismo tiempo estaba empezando a dudar seriamente que lo que sentía por David era simplemente amistad. Mi corazón se debatía entre dos aguas en el mar de los sentimientos.

Debía poner mis prioridades en orden y todo ello empezaría con tener una charla muy clara con Patrick.

Estaba a punto de salir cuando recibí un mensaje que estaba a punto de cambiar mis planes:

Dakota Av, en el parque infantil. 10 pm. Te amo, Patrick.

-La montaña ha venido a Mahoma...

Bien, al menos esta vez se había acordado de que seguíamos siendo novios. No podía asegurar que al finalizar el día las cosas siguieran de esa manera, pero al menos ya habíamos concretado nuestra cita.

Lancé el móvil sobre la cama y lo dejé allí, no iba a necesitarlo al menos en un buen rato. Fui a la cocina y me preparé un enorme plato de tortitas con miel las cuales me terminé en un santiamén. Eran la comida favorita de Patrick, en tiempos mejores, cuando nuestra relación no pendía de un hilo, solíamos cocinar juntos, siempre preparábamos una torre de tortitas que terminábamos devorando frente a la televisión viendo alguna película. No muy saludable, pero...

Pero eso ya era parte del pasado, momentos como esos ahora solo vivían en mi memoria y las esperanzas de revivirlos eran casi nulas.

El reloj del microondas indicaba que eran apenas las ocho menos cuarto, por lo que aún tenía algo de tiempo antes de encontrarme con Patrick. Estaba planeando cómo invertir el tiempo que me restaba en algo productivo hasta que escuché el timbre de mi puerta sonar.

Caminé hasta la sala y espí por la mirilla antes de abrir. Una enorme sonrisa apareció en mi cara al descubrir quién tocaba.

David, acompañado de Alejandra y su mascota, me hacían gestos pidiéndome que les abriera, ante lo cual accedí casi de inmediato.

-Dejadme adivinar. ¿Volvieron a dejar las llaves dentro? -Dije de manera socarrona y juguetona

-No, esta vez me he asegurado de traerlas conmigo.

-Sí, Alejandra ha aprendido la lección. ¿Quieres enseñarle alguna otra? Me ha pedido que le mostrara el pueblo, ¿Quieres acompañarnos?

Dudé por un segundo antes de responder. Sonaba como una idea divertida, además quería resarcirme por haberme comportado como una zorra con ella. El pueblo no era precisamente inmenso, así que un par de horas nos bastarían para mostrarle a Alejandra todo lo que podía resultar interesante, luego de eso iría a encontrarme con Patrick.

-Bien. Pero yo seré la guía.

-Puedes guiarme en lo que quieras.

David me guiñó un ojo y sonrió de forma pícaro, haciendo que sus hoyuelos se marcaran de nuevo en sus mejillas. Alejandra se sonrojó un poco, quizás avergonzada por haber presenciado nuestro inofensivo intento de coqueteo.

-Genial, pues entonces vamos. Estoy emocionada por conocer vuestro pueblo.

Alejandra nos tomó a David y a mí y cruzó su brazo por debajo de los nuestros, de forma que los tres no nos separásemos, llevaba una especie de mochila tejida donde su gato parecía estar más interesado en dormitar plácidamente que en el paseo.

-Es realmente hermoso, ¿cómo se llama?

-¿Prometes no reírte?

-No, lo prometo.

-Deberías darle una pista, así no se reirá tanto cuando le digas el nombre - David interrumpió riéndose.

-Prometo que no me reiré del nombre de tu gato, aunque sea “Bola de estambre” o algo cliché como “Pastelito”.

Alejandra sonrió de forma irónica antes de devolverme la mirada.

-Se llama Hitler.

Promesa incumplida. Empecé a reír como tonta, después, tanto David como Alejandra se unieron a mi despreocupado coro de carcajadas.

Fue así como dimos inicio a nuestra travesía para mostrarle a nuestra recién llegada visitante las exóticas maravillas de nuestro pueblo. Aunque obviamente tendríamos que limitar la definición de “Exóticas maravillas”.

Recorrimos el pueblo de un extremo a otro, pasando por la feria de juegos mecánicos donde David se sentó junto a mí en todas las atracciones, el jardín botánico donde Alejandra nos enseñó un montón de nombres de flores en francés, allí David me hizo un ramo con todas las flores que íbamos recogiendo en el camino y lo colocó sobre mi cabeza. Me estaba sintiendo como una princesa y él se estaba portando como todo un príncipe.

Después de visitar todos los sitios interesantes de la ciudad, decidimos llevar a Alejandra a lo que era denominado como la zona verde del pueblo. Allí estaban los lugares más bonitos. Subimos hasta la cima de la pradera más alta, allí podía apreciarse un hermoso atardecer. Lo sabía perfectamente porque ya había estado allí con David.

A estas alturas del viaje, él y yo caminábamos tomados de la mano mientras que Alejandra nos seguía distraída, maravillada por los hermosos paisajes de la zona verde. Nos comentó que en la ciudad donde vivía, en Francia, ya no quedaban lugares como ese y que teníamos muchísima suerte por poder contar con algo así en el pueblo.

Nos tumbamos en el suelo boca arriba y contemplamos cómo empezaban a aparecer las estrellas en el cielo, por alguna razón esa noche estaban más brillantes que nunca, no había nada que las superara, excepto, claro, los ojos esmeraldas de David. Me topé con ellos cuando giré mi rostro hacia él, al parecer él también había tenido la misma idea que yo y terminamos mirándonos directamente a los ojos. Ambos sonreímos. Sentí cómo mi piel se erizaba ante la sola presencia de David.

Alejandra abrió la mochila para que Hitler pudiera salir y estirar un poco las patas. El pequeño animalito solo se dedicó a olfatear cautelosamente todo aquello que le causaba curiosidad.

A pesar de que el paseo estaba dedicado a Alejandra y a mostrarle todos los lugares geniales del pueblo, David y yo estábamos dedicados a mirarnos en silencio, sin atrevernos a decir nada, Alejandra pareció darse cuenta de la química que existía entre nosotros. Se sentó frente a nosotros y sonrió.

- ¿Me dejan ver sus manos derechas?

David y yo asentimos confundidos a la petición de su prima, se traía algo entre manos. Literalmente.

-Una vez, en la falda de la torre Eiffel, una gitana me enseñó a leer las líneas de las manos. Ella se especializaba en atender a las parejas de jóvenes enamorados que visitaban el lugar.

-¿Por qué nunca me contaste eso cuando visitamos la torre? -Inquirió David incrédulo.

-Silencio, necesito concentrarme.

Observó las palmas de nuestras manos y con sus dedos recorría las líneas de nuestras manos.

-Vaya...

- ¿Qué, que viste? -Pregunté ante la reacción de Alejandra, a pesar de que no era muy asidua a creer en ese tipo de cosas. Me causaba curiosidad lo que pudieran decir nuestras manos acerca de David y de mí.

-Tienen la línea de Píramo y Tisbe.

- ¿Quién? Pregunté.

- Píramo y Tisbe, los Romeo y Julieta originales -Respondió David, como siempre él sabía todo lo que había que saber con respecto al arte o a la historia.

-Píramo y Tisbe eran dos amantes en la antigua Grecia, se amaban con locura y estaban dispuestos a hacer lo que fuera el uno por el otro. Sus padres eran familias rivales y les habían prohibido que estuvieran juntos...

David narraba la historia de una forma tan detallada que podía ver las imágenes en mi cabeza como si de una película personalizada se tratara.

Imaginé a Píramo como David, y a mí como Tisbe. Dos jóvenes enamorados pero separados por razones que ellos no podían controlar. Nuestros padres estaban muertos, pero eso no significaba que estuviéramos exentos de los obstáculos.

-...Eran vecinos, sus casas estaban prácticamente una al lado de la otra, compartiendo una de las mismas paredes. En una ocasión, descubrieron una grieta entre ambas casas, un agujero en la pared. A través de él, Píramo y Tisbe se susurraban tiernas palabras de amor...

Recordé entonces nuestras casas y la valla que nos separaba. ¿Sería esa nuestra pared agrietada? Sonreí.

-... Su amor creció tan profundamente que los jóvenes ya no soportaban la idea de estar separados ni un segundo más. Por eso, una noche acordaron fugarse de sus casas y reunirse junto a un árbol de moras en lo profundo de un bosque. Tisbe fue la primera en llegar, llevaba un chándal con el que se cubría del frío viento nocturno, pero entonces una leona silvestre apareció en el bosque, mordiendo el cuello de un pequeño cervatillo que acababa de cazar, Tisbe se asustó tanto que salió huyendo del lugar y dejó caer el chándal. La leona, al terminar de devorar al pequeño cervatillo, se entretuvo jugando un rato con el chándal, dejándolo lleno de sangre en el proceso...

En ese momento no sabría decir por qué, pero vino a mi mente la imagen del tío de Patrick, como un verdadero león silvestre con su melena gris y enmarañada y su larga barba desprolija. Mirándome con lascivia y relamiéndose los labios. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda y se me puso la piel de gallina.

-...Píramo fue el siguiente en llegar, buscó por todos lados a Tisbe, pero no la encontró... Fue entonces cuando se percató del chándal ensangrentado en el

suelo y reconoció la prenda de su amada. El dolor embargó el corazón de Píramo y preso de tristeza, se apuñaló con el cuchillo que llevaba consigo. Su cuerpo cayó junto al árbol de moras, en aquel tiempo sus frutos eran blancos, pero se tiñeron con la sangre de Píramo. Después de un rato, cuando Tisbe creyó que ya había pasado el peligro de la leona, salió de su escondite y se dirigió nuevamente al árbol de moras a esperar a su amado. Cuando descubrió el cuerpo de Píramo, apuñalado sintió cómo se escapaba su vida, sin él ya no tenía sentido continuar viviendo, tomó el cuchillo y también se apuñaló en el corazón. La sangre de ambos fue absorbida por el árbol de moras y esa es la razón del color de sus frutos. Son la prueba que perdura hasta nuestros días del verdadero amor.

David me estaba mirando directamente a los ojos al momento de terminar su historia. Había estado tan cautivada por su maravillosa narración, que no me había percatado del momento en que sus perfectos ojos esmeraldas se habían clavado en mí.

-Eso es... hermoso, y muy triste a la vez.

- ¿Cuándo no es triste el amor? -Dijo Alejandra de forma tranquila, más para ella misma. Como si estuviera pensando en voz alta -Ustedes tienen esa misma línea en sus manos... Es el símbolo de un amor intenso, profundo, inefable. Pero... Que terminará en un profundo dolor.

Tragué saliva de forma nerviosa y aparté mi mano. David se adelantó y la tomó entre la suya, acariciándome lentamente con sus dedos.

Alejandra intentó suavizar la situación riendo y diciendo que la lectura de manos era simplemente para distraerse y que no nos preocupáramos por nada. Pero ya el daño estaba hecho, un mal presentimiento acababa de nacer en mi pecho.

David acercó su rostro hasta el mío y susurró en mi oído.

-Descuida, voy a protegerte de cualquier león. Aunque me cueste la vida.

Besó mi mejilla dulcemente antes de retirar su rostro.

No podía saberlo en ese momento, pero había sido el comienzo del final.

Capítulo 8

Estaba anocheciendo y todo empezaba a oscurecerse, por lo que decidimos aligerarnos en regresar a casa. Alejandra caminaba frente a nosotros intentando darnos algo de privacidad mientras que David y yo estábamos dedicados a no soltarnos las manos ni por un instante. Él se había portado tan maravillosamente conmigo haciéndome olvidar todos los problemas que estaba teniendo con Patrick, habíamos pasado tanto tiempo juntos... y aún así no podía aburrirme de él, era todo un sueño.

-De verdad que me divertí mucho, chicos, no imaginaba que este pueblo tuviera lugares tan hermosos. Creo que... ¡Hitler!

El gatito había salido disparado a través de uno de los claros de esa zona, probablemente habría visto alguna alimaña o ratón silvestre y se había propuesto darle caza. El animalito había desaparecido tras un grupo de árboles. Alejandra ahora corría en esa dirección, demasiado preocupada en recuperar a su mascota como para pensar en el peligro que implicaba deambular por allí.

-¡Alejandra!

David y yo corrimos a toda velocidad, siguiéndola, no era la primera vez que visitábamos ese lugar, así que al menos teníamos mejor noción de la ubicación, aunque la poca luz que ofrecía la luna no nos ayudaba.

Alejandra seguía el rastro del gatito a través de los matorrales, rompía las pequeñas ramas secas que se encontraba a su paso, nunca hubiera imaginado

que esa chica, con aspecto de modelo de pasarelas, fuera tan ruda y valiente. Llegamos hasta un acantilado no muy empinado, pero lo suficiente para hacérmelo pensar dos veces antes de bajar por allí. Claro que yo no era Alejandra, Hitler corría como un relámpago cuesta abajo, a lo lejos empezaban a divisarse unas cuantas luces, lo que indicaba que estábamos volviendo a entrar en terreno de la civilización.

Seguimos a Alejandra cuesta abajo, por el pequeño acantilado con cuidado de no tropezarnos con alguna roca, íbamos a lastimarnos muy en serio en caso de caer. Atravesamos lo que restaba de los matorrales y llegamos hasta lo que parecía ser un patio baldío.

Hitler ahora yacía como si nada, en el suelo, lamiéndose una de sus patas, probablemente degustando el sabor que hubiera quedado de su presa. Alejandra estaba jadeando diciéndole un montón de cosas al gatito en francés. Para cuando David y yo pudimos alcanzarla, ya parecían haberse reconciliado.

- ¿Qué rayos estabas pensando al correr así por entre esos matorrales?

David estaba visiblemente molesto, pero luego se disculpó con su prima por hablarle en ese tono. Se agachó junto a ellos y levantó a Hitler por su collar, de forma juguetona. Al menos estábamos todos bien, eso era lo más importante.

Aún intentando recobrar el aliento, me percaté del sitio en el que nos encontrábamos. Me resultaba extrañamente familiar, era un parque de juegos para niños, pero según su descuidada apariencia, hacía mucho tiempo en que ningún pequeño se subía a los cacharritos. El óxido recubría los artefactos de metal, algunos chirriaban cuando se movían provocando un ambiente bastante tétrico.

Hacía mucho frío y no había llevado una chaqueta, así que me acerqué a David para calentarme un poco junto a él. Alejandra miraba extrañada en todas direcciones, preguntando en donde estábamos, pero él parecía distraído con algo. Miraba en dirección a una casa de aspecto abandonado, extrañamente no nos habíamos percatado de ella cuando habíamos llegado, habían otras casas a su lado con luces encendidas y aspecto normal, era como si solo esa casa extraña era la única que permanecía vacía.

David no dijo ni una palabra y empezó a caminar hacia la casa abandonada.

-¿A dónde vas?

Alejandra preguntó con nerviosismo en su voz al ver a David actuar de forma tan rara. Yo, por mi parte, no planeaba quedarme allí, necesitaba saber qué era lo que tenía a David tan distraído, así que corrí tras él. Cuando por fin pude alcanzarlo, se encontraba justo en frente de la casa misteriosa. Puso su mano sobre la ajada puerta de madera.

- ¿Qué pasa, David? Me estás poniendo nerviosa.

-¿No recuerdas este lugar?

-¿Recordarlo? ¿A qué te refieres?

-Teníamos diecisiete años... En ese entonces me habían avisado de que en una semana me marcharía a estudiar a Europa...

En mi mente empezaron a aparecer imágenes de lo que David estaba diciendo, estaba empezando a recordar.

-...Entonces apareciste en la puerta de mi casa, dijiste que querías decirme algo importante y salimos huyendo en medio de la noche... Estaba lloviendo también...

David asintió y acercó su rostro hasta el mío, pude sentir su respiración

acelerarse y el dulce aroma de su piel.

-...Atravesamos las praderas, ¿recuerdas cómo en esa época eran mucho más verdes que ahora? Ninguno de los dos sabíamos a dónde nos dirigíamos, solo que queríamos estar juntos.

-Sí... Fue entonces cuando llegamos aquí. ¿Verdad? Estábamos jugando en los columpios, no nos importó que estuviera lloviendo fuertemente... Después de eso, corrimos hasta aquí, hasta esta misma casa.

Era increíble cómo había olvidado algo como eso, había sido la última vez que había estado con David antes de que se mudara al extranjero. De alguna forma, mi mente se había encargado de bloquear ese recuerdo, quizás había sido la pérdida de mi primer amor, algo tan doloroso y traumático que la única solución posible fue dejar esos recuerdos en los rincones más profundos de mi mente y allí era donde habían permanecido. Justo hasta esa noche.

No podía ser otra cosa más que el destino. Era como si a través del tiempo y el espacio, David y yo habíamos sido elegidos por alguna fuerza mayor para estar juntos a pesar de cualquier adversidad que se nos pudiera presentar. El cosmos había conspirado indudablemente a nuestro favor. ¿Cuáles eran las posibilidades de que regresáramos a esa casa? Algo así como un millón contra una y, a pesar de todo, ahí estábamos. Juntos de nuevo.

-Recuerdo algo más... Habías comprado tu primera cámara fotográfica, estabas muy emocionado y siempre la llevabas contigo a todos lados... Incluso esa vez... Querías que nos tomáramos una foto porque temías que pudieras olvidarte de mi rostro. Yo no quería que me fotografieras porque me veía espantosa, estaba empapada y sin maquillaje. Pero tú me convenciste diciendo que era la cosa más hermosa que alguna vez habían visto tus ojos...

David sacó rápidamente su cartera y extrajo una fotografía arrugada, parecía como si fuera extremadamente vieja, sin embargo, estaba muy bien conservada para haber estado guardada por tanto tiempo. La extendió hasta mis manos, invitándome a que la mirara

No pude evitar sonreír.

Una yo mucho más joven me devolvía la mirada desde el papel fotográfico, su cabello estaba empapado y caía sobre sus hombros, su camiseta desteñida se ceñía lo suficiente a su torso para denotar que, en esa ocasión, había olvidado usar sujetador, a pesar de todo lo patético que podía resultar la situación, sonreía. Pero no era una sonrisa cualquiera, era una sonrisa despreocupada, libre, fantástica. Era la sonrisa de una chica enamorada. Una Cassie enamorada para ser exactos.

-La conservaste todo este tiempo... -Dije aún sin poder creérmelo.

-Tu foto me acompañó en todo momento. Desde Milán hasta Praga, en Londres y en París. A cualquier lugar al que iba, siempre me aseguraba de que no me faltara solo una cosa, Cassie, tu foto. Era lo único que tenía para recordarte y durante todo el tiempo que estuve lejos de ti, me rehusé por completo a olvidarte.

-¿Por qué?

-Porque en esa época, y aún ahora mismo, eres lo más hermoso que han visto mis ojos.

Esas palabras terminaron de convencerme acerca de lo que ya venía pensando. David y yo estábamos destinados el uno al otro. Podían llamarnos almas gemelas o medias naranjas, no importaba el término que fuera. Simplemente habíamos nacido para estar juntos. Pude sentir cómo mi corazón se aceleraba.

-Y aún hay algo más... Ven.

David me tomó de la mano y me guió, dimos la vuelta a la fachada de la casa, llegando hasta la parte que daba directamente a la calle. Había un grupo de coches aparcados al frente, pero ni siquiera les prestamos atención. Nos detuvimos frente a una de las paredes de la casa, había algo tallado en la madera.

Por supuesto, ahora lo recordaba todo. Era nuestro juramento. Mi mente se transportó de nuevo a aquella época, cuando dos adolescentes se juraron por primera vez amor.

- *“Desde ahora y por siempre.*

Decido entregarte mi corazón.

Arden de espera mis labios.

Aquí, esta noche, he conocido el amor.”

David y yo repetimos al unísono las palabras que una vez, hacía mucho tiempo, habíamos dejado grabadas sobre la fachada de la casa abandonada. Nos miramos entonces por un segundo antes de fundirnos en un beso.

Sus labios eran de Marte y los míos de Venus, aunque éramos de distintos planetas, su fuerza de atracción me sacaba de órbita.

Por un segundo todo me supo a gloria, el tiempo impasible se detuvo para mirarnos, fuegos artificiales estallaban en mi mente y todo estaba bien en el mundo.

No voy a negarlo, fue el mejor beso de mi vida.

Capítulo 9

La noche había resultado mejor de lo que yo esperaba, estaba haciendo gimnasia mental para recordar de forma detallada cada una de las cosas que había vivido junto a David la noche anterior. Decidimos mantener nuestro momento romántico en secreto, le dijimos a Alejandra que solo habíamos sentido curiosidad por el lugar y fuimos a explorarlo, obviamente no nos creyó, pero, al menos, tampoco hizo demasiadas preguntas al respecto. Tardamos un buen rato en llegar a casa puesto que tuvimos que darle la vuelta a casi medio pueblo, cuando regresamos ya la luna estaba muy alta en el cielo, indicando que era más allá de medianoche.

Yo estaba tan cansada que lo único que hice fue darme una ducha rápida y meterme en la cama, caí en sueño profundo casi al instante. Tuve un sueño maravilloso en el cual David y yo estábamos de nuevo en la casa abandonada, teníamos diecisiete años otra vez, él estaba diciéndome que me amaba y que ya no se marcharía a Europa, tomaba mis manos entre las suyas y las besaba dulcemente. Luego de eso se acercó más hasta a mí y empezamos a besarnos profundamente...

-¡Brrrrrrrrrrrrrr!

Mi maldito despertador había sonado en el momento más inoportuno, trayéndome de vuelta del reino de los sueños sensuales a mi existencia cotidiana.

-Joder... ¿Por qué me odias? -Dije mientras le propinaba un fuerte manotazo

al reloj, haciéndolo callarse de una vez por todas.

Me levanté a regañadientes y fui hasta el baño, después de tomar una muy relajante ducha, me sentí revitalizada. Fui hasta la cocina y encendí la radio y la estufa, por alguna razón no tenía ganas de cantar mientras cocinaba, estaba muy feliz.

Yo mezclaba los ingredientes en una gran taza de plástico mientras bailaba de un lado a otro por toda mi cocina al ritmo de la voz de Adam Levine en la radio, de vez en cuando cogía la paleta de madera y simulaba que era un micrófono y yo la vocalista de una multigalardonada banda musical.

Cuando por fin terminé de preparar mi desayuno, estaba sentada frente a la torre inclinada de tortitas, un monumento comestible mucho más original que su referente en Pisa, lamentablemente tenía mucha hambre, así que en pocos minutos mi bella creación había pasado de mi plato a mi estómago.

Después de haberme dado un buen festín, empecé a buscar mi móvil por todos lados, tenía casi un día sin verlo y ya estaba empezando a sentir los efectos de la abstinencia, además tenía el extraño presentimiento de que había olvidado algo muy importante. Una hora después de casi entrar en un colapso nervioso, por fin di con él tras uno de los pliegues de mi colchón.

Entonces recordé qué era lo que había olvidado.

Al encender la pantalla saltaron todo tipo de notificaciones, llamadas perdidas, mensajes de texto, mensajes en el buzón de voz, etc. Todas ellas tenían el mismo nombre: Patrick.

Se suponía que íbamos a encontrarnos a las diez de la noche, cerca del parque abandonado y...

-¡Soy una estúpida!

Me di un cate fuerte en la frente, lo merecía. Yo había estado en ese lugar, o al menos lo suficientemente cerca. La dirección que me había enviado Patrick y en donde nos encontraríamos era conjunta al parque abandonado donde tuve mi pequeño momento romántico con David. ¿Cómo había sido capaz de olvidar algo tan importante como eso? ¿Acaso David me embobaba al nivel de que pudiera dejar de lado una importante charla con mi novio?

“Mi novio...”

Me derrumbé sobre la cama y empecé a llorar, era increíble cómo el globo de felicidad que había sentido expandirse dentro de mi pecho hacía apenas unos minutos, se había transformado en tristeza.

Me sentía una auténtica puta, yo me había besado con David y había dejado tirado a Patrick. Mi comportamiento no tenía justificación alguna. Mi amor por Patrick no tenía forma de cuantificarse, en serio. Él tenía mi corazón, de eso no cabía duda alguna. Estaba confundida, pensé en David y en lo que él me hacía sentir. Él me gustaba, tenía que admitirlo.

Era ese la debacle de mis sentimientos, tenía que serle fiel a mi relación con Patrick, éramos novios y debía respetar ese lazo que nos unía, a pesar de todos los problemas que pudieran llegar a presentarse, tenía que ser fuerte tanto por mí como por él, por ambos. David era la incógnita en esta ecuación, desde que había regresado nuestros encuentros se habían dado de una forma tan fortuita que no podía ser casualidad, una voz en mi mente me decía que estábamos destinados a estar juntos sin importar nada más. Vino a mi mente la historia que había contado David, la de Píramo y Tisbe.

Me hubiera gustado que mi madre siguiera viva, necesitaba un abrazo y un consejo. Se suponía que el amor te llenaba de felicidad, paz, esperanza y otras sensaciones positivas, ¿entonces por qué razón yo estaba sintiéndome como

una mierda? El corazón no era bueno tomando decisiones, era obvio. Estaba entre dos aguas, debatiéndome a quién amar.

Tomé el móvil en mis manos y empecé a leer todos los mensajes que me había dejado Patrick. “¿Dónde estás?” “Ya estoy aquí”. “Quiero verte, realmente necesitamos hablar, espero que puedas venir”. Mis lágrimas corrían cuesta abajo por mis mejillas y empapaban la pantalla del móvil. No podía dejar que pasara más tiempo con esa situación, debía tomar una decisión pronto. Y no solo una decisión por salir del paso o hacer feliz a alguien más.

Patrick el Príncipe o David de Miguel Ángel. Una decisión difícil, pero no imposible.

Me limpié las lágrimas con las mangas de mi camisa e intenté poner una sonrisa, me iba a doler en el alma lo que estaba a punto de hacer pero era necesario, fue extraño. Una epifanía provocada por el dolor que ocasionaba el verdadero amor. Era el tipo de cosas sobre las que tristemente no se tenía control, recuerdo cómo siempre mi madre solía decir cuando aún estaba viva: “El corazón hace lo que el corazón quiere”, ya yo había decidido qué era lo que el mío quería.

Empecé a teclear rápidamente un mensaje de texto.

Lo siento.

Probablemente vayas a odiarme después de leer esto, y si es así, lo entenderé perfectamente. Quiero que sepas que en todo este tiempo me he sentido increíblemente feliz a tu lado. Has hecho por mí lo mismo que una vez hice por alguien más. Le has devuelto la alegría a mi vida y no puedo estar más agradecida por ello.

Desearía que las cosas fueran distintas y que todo hubiera pasado a su

debido tiempo. Sé que quizás me arrepienta de esto el resto de mi vida, pero es lo que necesito hacer.

No podemos seguir viéndonos, lo lamento.

Le he entregado mi corazón a un hombre maravilloso y espléndido y estoy enamorada profundamente de él. Casi tan profundamente como una vez te amé a ti. Es por eso que estoy haciendo esto, debo alejarme de ti lo más pronto posible, pues temo que, de no hacerlo, termine tan enamorada de ti que me resultara imposible volver atrás, lo lamento, es algo que no puedo permitirme. No en este momento de mi vida. Es una lástima que tenga que terminar así, pero de alguna forma tenía que hacerlo.

He decidido ser feliz junto al hombre que amo, nos iremos a vivir juntos, lejos de aquí.

Por favor, no me olvides. Pero tampoco me busques de nuevo.

Con mucho cariño, Cassie.

Estaba intentando no llorar, a este paso ya era imposible, las gruesas lágrimas de amargura resbalaban por mis mejillas. Quizás no era lo correcto, pero no podía permitirme seguir dudando. Era el momento de ponerle fin a todo eso y dedicarme a quien realmente quería.

Busqué su nombre entre mis contactos y estaba seleccionándolo como destinatario del triste mensaje cuando entonces escuché el timbre de la puerta.

Fue un golpe de realidad que me sacó del trance y llanto en el que estaba sumergida. Me sequé las lágrimas por enésima vez con las mangas de mi camiseta y dejé el móvil sobre la cama antes de salir a ver quién estaba llamando a mi puerta.

Otros tres timbrados se escucharon con insistencia antes de un sonido

continuo, estaban dejando el dedo sobre el interruptor.

-¡Espere un minuto!

Me apresuré en llegar hasta la puerta, quizás fuera por la urgencia de la situación que ni siquiera me preocupé en ver a través de la mirilla quién era el visitante. Grave error.

Apenas giré el picaporte y descorrí los cerrojos la puerta, se abrió con fuerza, empujándome hacia atrás.

Yo no podía creerlo, se trataba de Patrick.

Parado frente a mí lucía totalmente amenazante, su aspecto distaba mucho de su clásico estilo de chico rebelde. Su ropa estaba sucia y rasgada en algunas partes, era como si se hubiera pasado toda la semana tirado en medio de un fangal putrefacto.

-Vaya, pero si es la zorra impuntual.

Aún con un par de metros separándonos, su aliento era lo suficientemente fuerte para provocarme arcadas, estaba muy ebrio. Apestaba a alcohol, sin duda alguna.

-Amor, necesito que te calmes... Tengo que explicarte algo.

Dije intentando mantener la calma y ser mediadora entre mi nerviosismo y su actitud violenta. Él sonrió con sorna y escupió en mi alfombra. Dio un par de pasos trastabillando para acercarse a mí, yo di dos pasos atrás. La experiencia me había enseñado a mantener la distancia cuando el Ogro hacía acto de presencia.

-¿Explicarme qué? ¿Que me engañas con el hijo de puta de al lado? ¿Que eres una zorra mentirosa y que siempre estuviste jugando conmigo?

Patrick empezó a gritar en vez de hablar y con cada palabra que decía, azotaba con fuerza la puerta haciendo que los cristales se resquebrajaran, estaba formando un alboroto tremendo, nunca antes lo había visto tan violento.

-¡No sé de qué estás hablando! ¡Por favor, cálmate!

Yo estaba totalmente aterrorizada, quería huir de allí pero algo no me dejaba moverme. Estaba siendo testigo de cómo desaparecía frente a mis ojos los últimos despojos del hombre a quien yo amaba, el príncipe acababa de ser reemplazado en su totalidad por el maldito ogro de mis pesadillas.

- ¿Que me calme? ¡¿Que me calme después de lo que me has hecho?! Ayer te vi besándote con el maldito desgraciado. Estaba en el coche con mi tío y los vi. ¡Maldita sea! Siempre tuvo razón sobre ti.

Me quedé petrificada al escuchar esas palabras. Ahora todo tenía sentido. Probablemente su tío lo estaba llevando al lugar donde habíamos acordado vernos, en el trayecto debieron pasar frente a la casa abandonada y vieron cuando David y yo nos besamos.

-No es lo que...

-¡Y una mierda!

Patrick le dio una patada a mi mesita de café, haciéndola estrellarse contra la pared y provocando un ruido sordo al hacerse pedazos.

Quería explicarle que todo había sido un error, que no era como él creía y que había tomado la decisión de alejarme completamente de David. Pero Patrick estaba fuera de sí mismo y no atendería a ningún tipo de lógica, sus ojos azules ahora estaban inyectados en sangre y me miraban de una manera con

la que jamás había esperado ser vista. Era el odio.

Patrick dio otro paso al frente y ya estaba casi sobre mí. Lanzó un manotazo justo a mi cara. Me preparé para el golpe cerrando los ojos y tratando protegerme con los brazos, pero el golpe jamás llegó.

En su lugar, escuché unos pasos acelerados corriendo a toda prisa en nuestra dirección y luego un ruido sordo de algo dando contra el suelo. Unos gritos de mujer llenos de miedo y desesperación.

Abrí los ojos y me encontré con una escena que esperaba nunca tener que ver.

David se había abalanzado sobre Patrick y ahora estaba sobre él, dándole puñetazos en el rostro. Alejandra los miraba desde la puerta con una mezcla de terror e impotencia, estaba diciendo palabras en francés tan rápido que no podía entenderle nada.

- ¡¿Por qué no peleas conmigo, bastardo?!

David estaba fuera de sí, atacándole, Patrick entonces lo empujó con sus enormes brazos, quitandoselo de encima. Saltó sobre él y ambos terminaron de nuevo en el suelo, pero esta vez sus posiciones estaban invertidas, era Patrick el que ahora golpeaba sin descanso el rostro de David, vi cómo la sangre empezaba a manar de sus fosas nasales y su labio visiblemente hinchado.

- ¡Basta ya!

Haciendo de tripas corazón, me abalancé sobre la espalda de Patrick y lo abracé, intentando de que frenara su brutal golpiza contra David, no merecía eso, no por solo defenderme a mí. Cuando pude apartar a Patrick lo suficiente, David quiso retomar la pelea, pero Alejandra lo detuvo justo a tiempo. Todo era una mezcla de llanto, gritos y golpes.

Un par de mis otros vecinos llegaron corriendo hasta la puerta preocupados por los gritos y los ruidos de los golpes.

- ¡Patrick, ya basta, por favor!

Dije mientras lloraba y lo abrazaba con fuerza desde su espalda. Necesitaba detenerse ya de una vez, quería pensar que todo era producto del alcohol y que él jamás habría hecho algo como eso, eran mis absurdos intentos de convencerme de que Patrick era el hombre perfecto. Qué estúpida fui.

Mis vecinos y Alejandra auxiliaban a David, quien se había llevado la peor parte de la pelea.

Patrick se detuvo de inmediato como si algo se hubiera accionado en su interior. Abrió sus brazos con fuerza, deshaciendo mi abrazo y se giró a mirarme, jamás olvidaré esa mirada y lo que pasó justo después.

Su mano se estrelló con fuerza contra mi cara, fue tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de reaccionar.

Sentí un ardor y luego el dolor de mi carne cediendo ante su mano.

-Yo también te estaba engañando.

Y diciendo, eso dio la vuelta y salió de la casa como si nada le importara. David gritó de impotencia mientras intentaba lanzarse sobre de mí, pero mis otros vecinos lo contuvieron. Alejandra estaba intentando marcar en su móvil algún número, probablemente el de la policía, pero estaba tan nerviosa que sus manos no la ayudaban.

Para mí todo se volvió difuso, no lo había notado hasta ese momento, pero estaba llorando tanto que mi vista estaba nublada, me recosté contra una de las paredes y descendí hasta el suelo quedando en posición fetal. El dolor de mi rostro, a pesar de ser mucho, no era nada comparado con el que estaba

sintiendo en mi pecho.

Mi corazón estaba roto y eso dolía mucho más.

Capítulo 10

Había sentido anteriormente que mi mundo se detenía, cuando perdí a mis padres creí que no iba a poder, que la vida terminaba para mí, que no iba a poder continuar. Esta vez es peor, las ganas de llorar son más las veces que vienen que las que se van, sentía que no podía respirar, ni todo el oxígeno del mundo podría llenar mis pulmones.

Es gracioso que el dolor de una pérdida no se compare con lo que sentía en ese momento, la traición es algo que quema y destruye el alma, no sé si soy egoísta puesto que a Patrick yo también le fallé, sin embargo, él se

regodeó de ello mientras yo sigo aquí, sintiéndome culpable. En un punto exacto, salgo del trance en el que me encuentro y todos me miran atónitos, estoy en el suelo, de rodillas, gritando, gritando tanto que siento que tengo las cuerdas vocales en carne viva. Cuando consigo callarme, llegan las arcadas, me siento asqueada, no entiendo cómo puedo amar a un hombre tan destructivo como él. Cojo fuerzas y me pongo de pie, con el mismo impulso corro hasta el baño y mientras caigo de rodillas en el suelo, devuelvo todo el desayuno en el váter, las arcadas continúan hasta que siento la bilis escurrirme de la boca.

En algún momento empiezo a sentir unas suaves y temblorosas manos que me tocan las mejillas y el cuello, recogiendo las hebras de cabello mientras termino. David me levanta, me rodea con sus brazos, de alguna manera se las ingenia y, sin soltarme, moja una toalla de papel para así limpiarme las comisuras de la boca. Me siento acabada, sucia, sin nada, así que asumo que también es como me veo, me alejo un poco de él, tomo enjuague bucal y salpico mi cara con un poco de agua fría.

Cuando veo mi reflejo en el espejo, quien me devuelve la mirada no es la chica que se despertó plenamente feliz hacía quizás una hora, parada ahí, está el cascaron vacío de la idiota que he sido estos últimos meses, estoy tan enojada que sin pensarlo dos veces, me abalanzo hacia el espejo y lo golpeo, veo cómo el vidrio se astilla y siento cómo mis nudillos se desgarran, el dolor en mis manos aplaca un poco al de mi pecho y continuo haciéndolo y gritando hasta que siento cómo David me levanta y me saca del baño. Me aprieta fuerte contra él, tan fuerte que mis extremidades pierden fuerza y dejo de lanzar patadas y manotazos por doquier, me fundo con su cuerpo, me relajo contra el chico que me ha devuelto la felicidad con solo un par de horas en una noche.

David me sienta en el sofá y me desplomo contra el respaldar, no puedo mantenerme erguida, ¿cómo debes sentirte cuando el hombre que has amado los últimos tres años destruye con cinco palabras todo por lo que has luchado en las últimas semanas? ¿Cómo diablos le explicas a tu amor de los diecisiete que aunque sabes que él es mejor, no puedes dejar de amar a una basura? ¿Cómo diablos te muestras a ti misma que has tomado las decisiones equivocadas? Y pensar, ¡Dios! Y pensar que estaba a punto de dejar a David, pensar que seguía aferrándome a mi amor por ese idiota, el dolor que sentí en los últimos minutos se transforma en rabia, la sangre me corre por las venas al doble de su velocidad habitual. Quiero matarlo por hacerme esto, por hacerme dudar de mí misma, por denigrarme tanto y creer que lo que merecía para mí era un alcohólico con problemas de control de ira. Lo odio y me odio a mí misma por permitir que me hiciera esto, me toco la mejilla y siento inflamado el lugar donde impactó su mano. Si no me lo hubiese dicho, ¿cuántas veces más iban a pasar? ¿Hasta qué punto elamarlo iba a ser suficiente? Detesto el pensar que me permití imaginarme una vida a su lado, una casa, una familia, una vida en general.

Mis pensamientos se cortan de golpe cuando veo aparecer a David sosteniendo el botiquín de primeros auxilios, siento que se me termina de partir el alma cuando lo veo todo mallugado, con el labio roto y la ceja sangrando y, sin embargo, se arrodilla frente a mí y empieza a limpiar las heridas de mis manos. Con cuidado saca un trozo de vidrio que aun tenia incrustado, limpia con antiséptico y ahogo un grito porque quema. Cuando termina, me doy cuenta de que mis nudillos no salieron tan malparados, él tiene la mandíbula apretada y las lágrimas corren lentas por sus mejillas mientras envuelve mis manos limpias con gasas.

Respira varias veces profundamente, alza la cabeza de mis manos y por fin me mira, el pulso se me paraliza unos segundos, siento su dolor, la

esmeralda de sus ojos refleja la tormenta que se libra en su interior. No sé qué hacer, así que, sin dejar de mirarlo, tomo el bote de antiséptico y aplico un poco en su ceja, la limpio y sé que le duele, pero no aparta sus ojos de mí.

Siento que quisiera meterlo dentro de mi pecho y sanar lo que está sintiendo y todo por lo que lo he hecho pasar. No puedo explicar cuánto lo amo, aun lo amo y pasará el tiempo y siempre seguiré haciéndolo. Me siento una estúpida por intentar convencerme que no lo amaba, el primer amor no se olvida, eso dicen los libros, ¿no? Ese pensamiento me hace sonreír y mete en mi mente algo de lo que quizás me arrepienta luego, pero que no quiero dejar pasar.

Sin pensarlo mucho, me muevo hasta el borde del sofá y así David queda en el medio de mis piernas, subo mis manos hasta sus mejillas y las acaricio con la punta de mis dedos que es lo que queda descubierto de las gasas. Él me mira algo confundido, pero yo no me detengo, muevo mis dedos por toda su cara, desde sus orejas hasta el mentón y me permito tocar su labio hinchado por el golpe, está caliente bajo mi tacto y él suspira suavemente.

Cojo impulso y me acerco hasta él, a milímetros de su boca me permito mirarlo y consigo en sus ojos la afirmación que necesito, nuestras bocas queman por encontrarse y nuestro aliento sale en chorros entrecortados de las rendijas que forman los labios. Siento cómo el calor del momento me recorre el cuerpo y ahora la sensación de no poder respirar es por la necesidad de sentirlo, en algún momento entre tanta desesperación me he quedado paralizada y es David el que da el paso, cancela la distancia que aún nos separa y choca su boca con la mía. Nos besamos con hambre, desesperados, sin tomarnos un segundo para pensar.

Me recuesto en el sofá y lo jalo conmigo hasta que está sobre mí, me tomo un segundo para soltarme las vendas de las manos y así recorrer

presurosa su cuerpo. Necesito sentirlo, lo necesito tanto que la ropa representa un abismo garrafal, sin dejar de besarlo comienzo a quitar su camiseta y mis dedos intentan tocar todo cuanto pueda de él.

David deja de besarme y me mira con duda en sus ojos.

- Cassie, ¿Estás segura? No quiero que te sientas mal o que te acuestes conmigo solo para olvidar.

Sus palabras me toman por sorpresa, pero no tienen ninguna mella en mí, nunca he estado tan segura de algo y no es solo que lo necesito, es que está bien, necesito sentirlo, necesito ser suya.

- David de Miguel Ángel, jamás he estado más segura de algo. Te amo, cariño, siempre lo he hecho.

Él no dice nada, simplemente sonrío y eso para mí es suficiente. Así que baso todas mis fuerzas en desatar su cinturón, cuando lo logro, toma mis manos en una de las de él y las sube por sobre mi cabeza, sigue besándome y desliza la mano libre por dentro de mi bata, roza mi ropa interior y le doy gracias al señor que llevo una pequeña prenda de encaje rosa pálido. Al tocarla, toma uno de los bordes en un puño y empuja su pelvis contra la mía, una oleada de placer recorre mi cuerpo al sentir su miembro duro como una roca.

Su mano continúa un camino ascendente hasta mis pechos y mis pezones cobran vida con solo un roce suyo. Con un movimiento rápido, termina de levantarme la bata y la saca por mis brazos, así que termino debajo de él, solamente cubierta por las bragas, me siento minúscula y expuesta, pero también excitada y feliz.

Se toma unos segundos para observarme, luego se agacha, toma uno de mis senos en sus manos para besarlos y mordisquear suavemente el capullo

que es mi pezón, repite lo mismo con el otro pecho y siento que podría correrme solo así, en un punto exacto, desliza una mano hasta mi entrepierna, mueve lentamente mis bragas a un lado y sin dudar, desliza dos dedos dentro de mí, no puedo evitar que se me escape un gemido y cuando me oye, levanta la mirada y me da una de esas sonrisas de mil vatios.

Devuelve su atención a mis labios y, mientras me besa, me restriego contra su mano que gira expertamente dentro de mí, necesito encontrar la liberación que mi cuerpo pide. Él siente cómo comienzo a llegar a mi clímax y en cuestión de segundos, se quita la ropa que aún le queda, saca un preservativo del bolsillo de sus pantalones y se lo pone. Suavemente vuelve a besarme mientras me quita las bragas, las coge y hace algo que no me imaginé, amarra mis manos juntas con la prenda de encaje y, mientras lo miro atónita, me dice al oído:

- Te ves hermosa, nena, me encantas.

Y con un movimiento certero, se hunde en mi interior, siento cómo mis paredes se extienden ante su longitud y me siento llena.

- ¡Dios, Cassie! Estás tan caliente y mojada, te sientes tan bien. Te amo, nena, no sabes cuánto imaginé esto.

A pesar de que tengo mucho para decir, no puedo responder, así que me limito a envolver su cuerpo con mis piernas y besarle mientras lo impulso a que me penetre nuevamente, David no espera más, empieza con un ritmo lento pero luego sus embestidas se vuelven más rápidas y fuertes, siento el calor construyéndose en mi pelvis y que comienza a subir, cuando el sudor de su frente cae en la mía, siento que voy a estallar, pero él se para llevándome consigo hasta estar sentado en el sofá y yo a horcajadas sobre él, me desenfoco un momento pero un instinto

feroz me posee y empiezo a moverme de arriba hacia abajo de forma frenética, mis pechos se bambolean en su cara y él atrapa uno con sus dientes, me muevo rápido en busca del clímax que tanto necesito y este llega, por fin lo hace, es tan fuerte que siento que me arrolla y caigo desplomada sobre su pecho, respirando pesadamente, en ese instante David toma mis caderas en sus manos y se impulsa dentro de mí, rápido hasta que el gruñido de su placer llega a mis oídos, me siento extasiada y agotada, tan cansada que los ojos se me cierran.

David se levanta, conmigo aun abrazada a su torso y nos lleva hasta el baño, donde nos mete en la ducha y deja que el agua caliente caiga sobre nosotros, nos lava sin despegarme ni un centímetro de él, y para cuando me envuelve con la toalla ya no puedo sostener los ojos abiertos.

Me despierto en la madrugada, con el calor del cuerpo del hombre que recién decidí permitirme amar a un lado, pero el dolor que oprime mi pecho lo está generando aquel que debo dejar en el pasado, me levanto decidida y me dirijo con cuidado hasta el salón, abro el cajón donde descansa la caja con todas las fotos que representan tantos recuerdos de los últimos tres años y todos, absolutamente todos, son junto a él, me preparo para enterrar a Patrick y hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo, tomo los porta retratos que decoran mi salón y saco las fotos, tomo una pequeña libreta que uso para anotar cosas que no quiero olvidar y empiezo a escribir.

Madrugada del 25 de octubre.

El frío del otoño es directamente proporcional a cómo me siento con

respecto a ti, muchas veces pospuse esto, porque tenía fé, en ti, en mí, en el nosotros que pudimos haber sido. No fuimos más que un manchón de colores, momentos, recuerdos y dolor en la vida del otro, pero fuimos y algo de eso nos quedará. Hoy te dejo a un lado y me doy la oportunidad de continuar, me permito dejar todo lo que representaste a un lado, y aunque duela, por primera vez me elijo a mí. Te amo, Patrick, ciertamente lo hago, pero espero no hacerlo más.

Cassie.

Cuando termino de escribir, me permito ver una última vez las fotos de lo que fuimos y me siento extraña al ver las sonrisas y caras de amor ahí plasmadas. Cuando siento que puedo, releo lo que escribí, me levanto, recojo todo, voy a la cocina y tomo un mechero, salgo al patio trasero y hago una hoguera con todos los recuerdos, enciendo la llama y es impresionante lo rápido que el fuego se desplaza, cuando esta alcanza un punto alto, arrojo la nota y veo cómo se pierden las palabras por el fuego, el viento se lleva las partículas de ceniza y espero, ciertamente lo hago, que también se lleve lo que siento. Cuando dejo de llorar y la hoguera se ha apagado, entro en la casa, me preparo un té y me siento en el sofá.

Sin duda alguna, no plenamente, pero me siento mejor, el fuego arrasa, pero también deja espacio para un nuevo comienzo.

Capítulo 11

Después de todo lo que

había pasado en los últimos días, estaba aprendiendo a vivir sin Patrick, el vacío en mi pecho poco a poco empezaba a llenarse con otras cosas más felices. David y Alejandra me ayudaban con eso, de vez en cuando pasábamos las tardes recorriendo el pueblo. Alejandra pronto regresaría a Francia y la fecha en que tendría que ir a Derry se aproximaba cada vez más. David y yo habíamos hablado largo y tendido acerca del tema y habíamos decidido tomarlo con calma.

Esa tarde había quedado con Alejandra en mi casa, quería que le ayudara a cambiar de look, no solo a ella sino también a Hitler. Había llegado a mi casa con una enorme bolsa llena de tintes y revistas y Hitler maullando preocupado en sus brazos, era como si el animalito ya estuviera al tanto de lo que le esperaba.

- ¡*Bonjour, Cassie!* ¡*Luces magnifique* el día de hoy!

Alejandra me abrazó con fuerza haciendo que Hitler saltara de sus brazos hasta mis hombros en el proceso. Me dio un par de besos en la mejilla y se sentó despreocupadamente en el sofá, sacando de la bolsa todos los productos y revistas que había traído consigo.

-¿A qué se debe todo este deseo repentino de cambiar el color de tu cabello? Es pronto para que pases por la crisis de mediana edad -Dijo sarcásticamente jugando con ella.

-¡No, no, no! ¡Nada de crisis! Es que quiero, mmm... Estar bonita. Es todo, ah, y Hitler también. ¿Verdad, cariñito? -Dijo Alejandra con su cómico acento francés de forma maternal al gatito, este maulló de forma lastimera como si le pidiera que no se atreviera a hacer lo que estaba pensando.

Ambas reímos divertidas y empezamos a preparar los productos que necesitaríamos para eso. Después de estar un rato ojeando las revistas de

moda, Alejandra se decidió por teñir su cabello naturalmente rubio con un rosa claro, se había emocionado muchísimo al ver una foto de Harley Quinn, traté de disuadirla de que era un color bastante atípico, pero nada fue suficiente para hacerla cambiar opinión.

Después de un par de horas de jugar a la estética, habíamos terminado de poner a punto el nuevo cabello de Alejandra. Estábamos frente al gran espejo de mi baño y yo le daba los toques finales, ella se revolvía de forma nerviosa, demasiado impaciente como para poder esperar lo suficiente.

- ¡Por favor, Cassie! Me estás matando de los nervios. ¿Quedó fabuloso o muy fabuloso?

-Véalo por usted misma, *Madeimoselle*.

Retiré el gorro de su cabello dejando que su cabello cayera libre sobre sus hombros. Debo admitir que para ese punto me había equivocado, el rosa le sentaba jodidamente perfecto a Alejandra. Ella estalló en un gritito de alegría al ver su nuevo color de cabello.

- ¡Cassie, *C'est magnifique!* Eres la mejor de todas.

Yo asentí de forma pedante mientras Alejandra se dedicaba a aumentar mi ego.

-¡Ahora solo falta Hitler!

El gatito, que hasta ese entonces había permanecido echado sobre la alfombra del baño, salió disparado a toda velocidad previendo el peligro que estaba a punto de cernirse sobre su maravilloso pelaje. Alejandra y yo empezamos a corretearlo por toda la casa, riendo como tontas mientras el gatito nos esquivaba hábilmente.

-¡Bola de pelos a las doce en punto! -Señaló Alejandra cuando Hitler se vio

acorralado por ambas y no teniendo salida aparente, se había detenido al frente de la puerta. Estábamos a punto de capturarlo para someterlo a una sesión de teñido del cabello, cuando de pronto el timbre de la puerta sonó.

Me detuve en seco como si me hubieran desconectado la corriente. Las malas noticias y las peores cosas ocurrían siempre que había esa puerta. Alejandra pareció darse cuenta de lo que estaba ocurriendo porque también se detuvo y puso sus manos sobre mis hombros.

-Todo está bien. Creo que deberías abrir.

Dijo ella sonriéndome dulcemente, señalando a la puerta. Todo parecía tan surrealista en ese momento. Mi corazón latía con fuerza y yo estaba nerviosa. Ni siquiera quería atreverme a mirar por la mirilla. Temía que la imagen de Patrick apareciera frente a mí como la última vez. Desde que habíamos terminado, había podido conseguir una orden de restricción en su contra, tenía prohibido acercarse hasta mí al menos cien metros, pero era de Patrick de quien hablábamos, alguien que nunca seguía las reglas y se enorgullecía de ello.

El timbre volvió a sonar y esta vez pude escucharlo hacer eco en mis oídos y retumbar en mi mente.

Di un nuevo paso hacia adelante y reuní toda la valentía que pude, Alejandra me animaba a que abriera la puerta. Probablemente ella supiera algo que yo no.

Suspiré lentamente mientras giraba el picaporte de la puerta y recorrí uno por uno los cerrojos, el sonido del metal chirriando contra sí mismo se escuchaba más agudo en mis oídos, el ambiente estaba cargado de absoluta tensión. O al menos eso era lo que yo percibía.

Jalé la puerta lentamente hasta abrirla por completo.

De todas las cosas que esperaba ver frente a mi puerta en ese justo momento, eso era lo que menos creía posible. Sin embargo, fue una sorpresa que arrancó de mí la más sincera de las sonrisas.

-¡Gracias miles por abrir! ¡Este es un lindo lugar!

Frente a mí estaba tía Rose, una de las abuelitas del asilo. Vestía con lo que parecía ser un tutú rosado que le quedaba perfectamente ajustado, podía apostar lo que fuera a que en algún momento de su vida había sido bailarina en algún gran teatro y por eso conservaba su figura. Era absolutamente tierna, no me cabía duda de ello.

Alejandra se acercó hasta a mí y sonrió de la misma manera que yo.

-¡Vaya, tu cabello es rosa, como mi ropa!

Dijo inocentemente la abuelita al ver a Alejandra y esta le hacía una elegante reverencia en señal de gratitud.

-¿Qué puedo hacer por usted?

-¡Oh! Estoy aquí para entregarle esto, de parte de, ehmm... El chico más guapo del mundo, y juro que no fue el quien me pidió que dijera eso.

Me guiñó un ojo antes de entregarme lo que parecía ser un pequeño cartoncillo finamente decorado. No pude evitar sonreír aún más ampliamente cuando lo vi bien.

“Gran baile anual de disfraces.

El asilo St. Montgomery se complace en invitarle a nuestra celebración anual de beneficencia. Disfrute con sus seres queridos una noche como ninguna otra, llena de música, bailes y diversión, muchaaaaa diversión. Todo esto bajo la batuta del maestro de ceremonias más cool sin usar bastón: Jhonny Rock.

La mejor pareja será coronada como rey y reina del baile. Acompáñenos en esta celebración.”

Todo esto estaba rematado con una divertidísima foto de todos los abuelitos vistiendo sus disfraces del año anterior y Jhonny Rock al frente con su característico y exótico atuendo. Tenía la fecha de ese mismo día, iba a celebrarse en horas de la noche.

Miré a tía Rose y luego a Alejandra, quien hizo un gesto de que no sabía nada al respecto, sin embargo, su risa culpable la delataba.

-Pero no tengo un disfraz...

-Yo diría que sí, mira.

Alejandra señaló hacia el frente y vi a otro par de abuelitos quienes llevaban puestos esmóquines azules trayendo entre ambos lo que adivinaba era un vestido colado en una percha, estaba tapado con un plástico de protección así que no podía verlo todavía. Lo pusieron en mis manos y no supe qué decir. Todos me saludaron de forma amable y dieron la vuelta para subirse al coche en el que habían llegado. Los vi alejarse mientras nos despedían con la mano.

Alejandra y yo corrimos de vuelta dentro de la casa y dejamos el vestido sobre la mesa, Hitler pareció adivinar que el peligro ya había pasado así que terminó acercándose de nuevo a nosotras.

Había una nota pegada a la bolsa, esa caligrafía tan cuidada y estilizada no podía ser de alguien más que el David de Miguel Ángel que había hecho vibrar mi alma y corazón, el maravilloso chico que no terminaba de sorprenderme.

“Desde el primer momento en que tuve esta prenda en mis manos, supe que no podría verse más perfecta de lo que es, salvo que estuviera cubriendo un

cuerpo más perfecto. Han pasado solo horas desde que mis manos recorrieron el tuyo y descubrí ese sentido de perfección que jamás pude entender en ninguno de mis viajes anteriores. Pero que estuvo frente a mi todo el tiempo.

Espero con ansias irrefrenables verte de nuevo esta noche. Tuyo por siempre, David.”

Alejandra dijo algo en francés que significaba algo bastante pervertido y luego rió. Yo, por el contrario, solo suspiré con fuerza al imaginarlo escribiendo esa nota, dejando su clásica marca de pasión en ella.

Acaricié la parte externa del embalaje y Alejandra pedía insistentemente en que lo abriera. Con habilidad me deshice del plástico hasta que liberé el ansiado vestido que David había elegido para mí.

Era largo y elegante, estaba decorado con piedras brillantes y un magnifico bordado de seda a la altura del pecho, el escote era lo suficientemente sensual pero recatado a la vez, estaba finamente elaborado con una tela que jamás había visto. Alejandra lo alzó y colocó sobre mi cuerpo para hacernos una idea de cómo se me vería.

-¡Luces como toda una princesa! ¡Vamos a prepararnos!

Dijo Alejandra mientras me arrastraba hasta el baño para empezar a arreglarnos, teníamos un baile al que asistir y un príncipe al cual encontrar. David, príncipe David. Sonaba bien.

Sonreí sin saber bien qué decir, estaba anonadada por el aspecto que mostraba frente al espejo, no solo me veía como princesa, también me sentía como una.

Capítulo 12

- ¡Vamos, Cassie! Recuerda que son ancianos, podrían morir si tardas demasiado.

Alejandra me apuraba desde el salón, ella ya había terminado de arreglarse y estaba impaciente por salir. Yo, por mi parte, aún estaba contemplándome al espejo, demasiado sorprendida por el hecho de que aquella chica que me devolvía la mirada a través del reflejo no era la misma de hacía un mes. Estaba sonriente y feliz, su mirada brillaba llena de sueños y esperanza, ya no estaba empañada por las lágrimas provocadas por un ogro. Esta chica que me devolvía la mirada ahora sabía lo que era amar y ser amada realmente.

Las luces destellaban y se reflejaban sobre mi vestido, era como si fuera un diamante en movimiento. Además, Alejandra me había ayudado con el cabello haciéndome un hermoso moño de trenza dejando que mi pelo cayera como cascada sobre uno de los costados de mi cuello. Me admiré por última vez frente al espejo antes de salir a encontrarme con Alejandra.

-¡Sacré blue! ¡Cassie, estás hermosísima!

Caminé lentamente para no tropezarme, aún no estaba acostumbrada a la prenda que estaba usando. Pero eso no me evitaría sonreír y disfrutar todo lo que estaba por venir, la noche estaba apenas comenzando y aún nos restaban muchas sorpresas por descubrir, como por ejemplo, la que vendría a continuación.

Apenas había puesto un pie en la sala, escuchamos el sonido de una extravagante corneta en la calle.

-¡Creo que han venido por nosotras!

Miramos a través de la ventana, frente a la casa estaba estacionado un hermoso coche de aspecto clásico. El hombre que lo manejaba iba vestido con un maravilloso uniforme de chófer y nos saludaba desde su asiento.

Alejandra se paró frente a mí y me miró directamente a los ojos, sonrió dulcemente mientras retocaba mi cabello.

-¿Sabes? Creo que David y tú están hecho uno para el otro. Hace un mes, si me hubieran preguntado acerca del amor, habría obviado esa pregunta, pues no tenía idea de lo que realmente significaba esa palabra. Pero ahora tengo mi respuesta. David y tú son la verdadera definición del amor. Merecen ser felices, me alegro de compartir con ustedes estos momentos.

Una lágrima empezó a correr por sus mejillas y me sentí de la misma manera que ella. En ese momento vi a Alejandra como a una hermana mayor, recordé cómo nos habíamos conocido y me sentí tonta por la situación, la “francesita” con la que me había portado como una zorra el primer día, ahora estaba frente a mí, acompañándome en la que probablemente sería la noche más feliz de mi vida.

Cruzamos la puerta al mismo tiempo y respiramos el fresco aire de la noche, me sentía tan renovada y alegre, creí que mi rostro no podría permitirse una sonrisa tan amplia como la que tenía en ese momento. El chófer bajó del coche para abrirnos la puerta y dejarnos subir. Sobre los asientos había dos ramos de flores, uno de lotos que decía “Duquesa” y tenía el nombre de Alejandra, el otro era de tulipanes, y tenía escrito “Princesa”, ese fue el que yo cogí. Eran absolutamente magníficos, casi tanto como el hombre que me

los había enviado.

El trayecto hasta el asilo se hizo más rápido de lo que esperaba, quizás era por el hecho de que realmente estaba disfrutando del paseo, Alejandra le había pedido al chófer que retirara el techo del coche, por suerte era un descapotable. Ahora ella se encontraba con la mitad de su cuerpo fuera mientras saludaba y lanzaba besitos a todos los que nos encontrábamos por el camino, eso era algo que no podía verse todos los días, una hermosa francesa saliendo por el techo de un Coupé, sintiéndose la emperatriz del pueblo. Reí divertida al verla, disfrutando tanto y quise unirme también a la diversión.

-¡Somos las reinas del mundo!

Grité a todo pulmón mientras me ponía al lado de Alejandra, rememorando una de mis escenas favoritas del cine de todos los tiempos. El viento nocturno soplaba con fuerza dándonos de lleno contra el rostro, pero ni siquiera era capaz de amilanar nuestras ganas de sonreír.

Diez minutos después de que jugáramos a ser Leo DiCaprio en nuestro Titanic de cuatro ruedas, por fin estábamos llegando al asilo. Desde la entrada podía verse que se habían preparado para dar una excelente fiesta, las luces titilaban como si estuvieran siguiendo el ritmo de la música, frente a la gran verja se encontraban estacionados en fila un montón de coches, probablemente de los familiares de los ancianos, quienes también habían acudido, igual que nosotras, a divertirse y a acompañar a los abuelitos en su noche especial.

El conductor del coche se bajó nuevamente y nos ayudó a bajar, luego hizo una reverencia y nos despidió de forma muy amable. Empezamos a caminar con dirección a la entrada, había tantas personas entrando y saliendo que me resultaba difícil adivinar quiénes eran todos, además, había solo una persona

a la que estaba deseando ver en ese momento. Me sentía como toda una Cenicienta, era algo difícil de asimilar, creer que cosas tan buenas me estuvieran pasando justo después de tanta mierda en mi vida, sin embargo, estaban sucediendo en ese mismo momento.

- ¡Oh, Dios, Cassie! ¡Mira!

Alejandra interrumpió mis pensamientos con su gracioso acento francés mientras señalaba hacia un lugar frente a nosotras, al principio me costaba ver qué señalaba. Fue entonces cuando mi corazón dio un vuelco sobre sí mismo, en mi pecho. Sentí que el suelo se movía y que por un instante todo el mundo se detenía.

Él lucía absolutamente maravilloso, usaba un disfraz de príncipe que seguramente había elegido por hacer juego con el mío. Su cabello ondulado ahora estaba rebajado a los costados y sus rizos caían graciosamente sobre su rostro. Las luces bañaban su cara y se reflejaba en sus gafas, dándole ese toque de surrealismo que tan bien le sentaba. Estaba sonriendo de una manera que antes no había tenido la oportunidad de apreciar y eso que ya me sabía de memoria todas sus sonrisas. Empezó a caminar en mi dirección de forma lenta, despreocupada y suntuosa, podía apostar a que, en ese momento, la luna, a miles de kilómetros sobre nosotros, ralentizaba su paso solo para detenerse a mirarlo a él. Esto era algo que solo él podía hacer, parar el universo y en especial... a mí.

Estaba siendo testigo de primera mano del acontecimiento más importante en la historia del planeta tierra, Marte, Júpiter, o en cualquier otro lugar que hubiera existido jamás. Contra cualquier tipo de pensamiento lógico, estaba viendo cómo una obra de arte caminaba justo hacia mí. Rompiendo los paradigmas establecidos y definiendo nuevamente el verdadero concepto de la palabra “Arte”, David, el príncipe David estaba frente a mí.

Acercó su rostro hasta el mío y me dio un pequeño beso en los labios haciendo que suspirara profundamente cuando retiró sus labios de los míos.

-Hola.

Dijo él tan sonriente como siempre, los hoyuelos se formaron en sus mejillas dándole un toque adorable a su ya de por sí muy tierna expresión.

-Hola.

Respondí yo sonriendo también, sin saber muy bien qué decir, no podía hacer otra cosa más que mirarlo a él. Sus maravillosos ojos color esmeralda brillaban más que nunca esa noche, las estrellas en el cielo deberían sentirse avergonzadas ante la constelación que tenía mi David de Miguel Ángel en su mirada.

-Eres una princesa, genial. No sabía que te vestirías así, pero qué suerte que compré un disfraz a juego para mí.

Añadió él de forma juguetona, intentando excusarse por su pequeña treta con los abuelos y no haberme dicho nada del baile hasta el último momento.

-Claro, fue pura casualidad. Es justo lo que esperaría del único príncipe que en vez de llevar corona, lleva una cámara colgada al cuello.

Respondí de la misma forma juguetona mientras tomaba en mis manos la cámara que colgaba de su cuello y lo jalaba hasta mí para besarlo de nuevo.

Alejandra se apresuró a saludarlo con un beso en cada mejilla y decirle lo apuesto que se veía esa noche. Luego pasó un brazo por encima de nuestros hombros, colocándose en el medio mientras caminábamos hacia el salón del asilo, lugar que se había transformado radicalmente en el centro la celebración más impresionante que se hubiera visto alguna vez en el pueblo.

- ¡Ah! El amor puede respirarse en el aire. ¿Lo huelen, chicos?

-Mmm. Me parece más a talco y colonia barata.

Respondió David de forma sarcástica.

-No, creo que es más bien “*Eau de Viejo.*”

Empezamos a reír por nuestro propio chiste mientras Alejandra intentaba todavía entenderlo. Nos abrimos paso entre medio de la multitud de personas que abarrotaban el salón, todas lucían disfraces muy coloridos, salvo por la excepción de la mayoría de los abuelos, quienes al parecer se habían encasillado en sus papeles como militares de guerra. Aun así, lucían bastante guapos con sus uniformes.

La música de Frank Sinatra se escuchaba a todo volumen así que era difícil seguir conversando, David tenía que acercarse mucho a mí para que pudiera escucharle, colocaba su mano sobre la parte baja de mi espalda para llamar mi atención y eso me encantaba. Caminamos hasta encontrar una mesa lo suficientemente alejada de tanto ruido y nos paramos allí. Estuvimos charlando por un rato hasta que nos interrumpió alegremente un viejo conocido, literalmente.

-¡David Rubbick Lubby! ¿Cómo marcha el plano metafísico, nene?

Jhonny Rock había llegado hasta nuestra mesa, esta vez lucía una magnífica chaqueta de cuero negro, camiseta blanca y jeans rasgados en las rodillas. Había teñido su bigote de negro, pero al parecer no le había ido tan bien, dejando ver aún algunas partes grises de su vello facial.

-¡*Holly Jhonny Macarroni!* ¿Qué hace un jovencito como tú aún despierto a estas horas y en lugar como éste?

Respondió David siguiéndole el juego a su peculiar amigo.

-Ya sabes, esperando a Dalia, como siempre... ¡Oh! Y hoy tengo que ser

maestro de algo... De... Mmm. ¿Ceremonias? En fin, tengo que ir por ahí y saludar a todos, pero yo solo quiero bailar, nene.

Jhonny de pronto se fijó en mí y se quedó pasmado por un momento, no hacía falta poder leer su mente para saber lo que él estaba pensando.

- ¡Dalia! Oh, ¡Dios mío, Dalia, has vuelto! ¡Estas más hermosa que nunca!

Besó mi mano con delicadeza y me miró con una ternura indescriptible, sentí una mezcla de cariño y tristeza por Jhonny, debía extrañar muchísimo a su hija para confundirme con ella cada vez que nos veíamos, recordé nuestro primer encuentro y en cómo había quedado tan feliz cuando le dije que era su hija. Esta vez no iba a ser diferente, no pensaba arruinarle el momento.

-Por supuesto que he vuelto, no podía dejarte solo en un día como éste.

Le guiñé un ojo de forma juguetona antes de abrazarlo. Alejandra nos veía con expresión confundida pero no dijo una sola palabra.

-¡David, David! ¡Mira, es Dalia, regresó! Es muy bonita, David, deberían ser novios.

Añadió Jhonny Rock de forma inocente, presumiéndome con su querido amigo.

-Es cierto, deberíamos ser novios. ¿Qué opinas acerca de eso, “Dalia”?

David me miraba fijamente con sus penetrantes y maravillosos ojos verdes, por el tono de su voz sabía que no estaba jugando, estaba a la expectativa y mi corazón colgaba de un hilo ante la inesperada propuesta.

Alejandra pareció darse cuenta de lo mismo que yo, así que atajó la situación rápidamente para darnos un poco de privacidad a David y a mí. Se levantó de un salto y tomó delicadamente a Jhonny Rock por un brazo.

- ¡Oh, Dios mío! ¡Eres realmente fuerte, guapo! ¿Puedo saber por qué te llaman Jhonny Rock? ¿Es porque eres sexy como estrella de Rock o duro como “Roca”?

Dijo Alejandra de forma coqueta y zalamera valiéndose de sus magníficas habilidades de seducción para desviar la atención de Jhonny Rock lejos de nosotros.

-Je, bueno. Es una mezcla de ambas, primor. Fue por allá por mil novecientos “tigiri” siete, teníamos que decir “tigiri” porque ese maldito káiser nos había robado la palabra cuarenta y...

-¡Oui, Oui! Mejor cuéntame esa maravillosa historia mientras bailamos, si es que crees que puedas manejar el ritmo de una francesa.

Interrumpió Alejandra el desvarió de nuestro amigo poniendo sus manos en las caderas y moviéndolas de un lado a otro, no hace falta decir que Jhonny no tuvo que pensárselo dos veces.

-David, cuida de Dalia. Yo voy a mover el esqueleto con esta linda francesita de aquí... Creo que tengo oportunidad de anotar.

Añadió esto último por lo bajo, provocando risas de alegría en nosotros dos mientras veíamos a los dos alejarse entre la multitud que se encontraba en la pista de baile. David y yo nos quedamos entonces a solas en la mesa, mirándonos fijamente por un buen rato sin atrevernos a decir una sola palabra, no hacía falta, como siempre el silencio era nuestra forma de decirnos todo aquello que las palabras no podían expresar.

-Entonces... ¿Te gustaría ser mi...?

-Sí.

David sonrió.

-Pude estar a punto de pedirte que te tiraras desde un avión sin paracaídas conmigo y aún así aceptaste.

- ¿Acaso lanzarse desde un avión sin paracaídas no es lo mismo que el amor? Te lanzas al vacío sabiendo que probablemente te mates, pero aún así lo haces, porque es más doloroso vivir sin haber amado. Junto a ti el avión, sin paracaídas, sería una bendición.

Se acercó hasta mí y nos fundimos en un profundo y apasionado beso. En nuestras bocas, nuestras lenguas danzaban en medio de una sutil batalla para ganar el control, nuestra respiración aumentaba y disminuía al paso que los besos cambiaban de ritmo y de un momento a otro fueron capaces de llegar a un acuerdo tácito, la química perfecta que había dado como resultado el placer que sentía al rozar sus labios contra los míos era solo comparable a lo que estaba pasando por mi mente en ese momento, repitiéndome una y mil veces más, todas las que fueran necesarias, para terminar de creérmelo. Lo que habíamos deseado durante tanto tiempo y que había nacido aquella noche de otoño frente a la casa abandonada, al fin estaba haciéndose realidad.

En mi cabeza estaban naciendo galaxias nuevas y mi corazón se había tomado el primer viaje al espacio sideral. Me sentí flotar bajo la gravedad cero que me provocaban los besos de mi David de Miguel Ángel.

Ahora éramos oficialmente novios.

Después de esos apasionantes instantes, por fin nos separamos. Ambos sonreímos como tontos, demasiado preocupados en mirarnos directamente a los ojos que en cualquier otra cosa.

-Hay que immortalizar este momento.

David levantó su cámara frente a nosotros y la sostuvo para que nos tomáramos un selfie.

¡Click!

Contra todo pronóstico y probabilidad, en ese mismo momento empezó a sonar *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran. Ahí, en un baile de ancianos.

David y yo nos miramos sorprendidos por el hecho de estar escuchando esa canción en ese preciso momento. Nos tomamos de la mano y salimos corriendo, internándonos en medio de las personas que se encontraban bailando. Él puso sus manos en mi cintura y yo las mías sobre sus hombros, empezamos a movernos al compás de la música. Todo era perfecto.

Miramos hacia un lado y vimos a Alejandra bailando con Jhonny Rock, o algo así. Al ser ella mucho más alta que él, su pecho quedaba a la altura de su rostro, en un momento probablemente Jhonny se había quedado dormido sobre su escote, sin embargo, Alejandra estaba tan divertida por la situación que no le importaba en lo más mínimo. Nos dedicó una sonrisa mientras continuaba bailando.

David y yo reímos por la cómica imagen que acabábamos de ver, al parecer todos estábamos disfrutando, me pregunté cómo se sentiría Jhonny Rock en ese momento.

La música se cortó de repente y una voz anunció por micrófono que estaban a punto de anunciar al rey y reina del baile. Un grupo de abuelos llegó hasta donde estábamos bailando y nos pidieron que fuéramos hasta la tarima, David y yo subimos apresurados los pequeños escalones hasta el sitio donde se encontraba el anfitrión de reemplazo, al parecer Jhonny Rock no había podido terminar de cumplir su función y todavía estaría durmiendo un rato más sobre el escote de Alejandra.

Abajo, todos los presentes aplaudían efusivamente y vitoreaban con todas sus fuerzas, atiné a divisar a Alejandra en medio de ellos, también aplaudiendo.

Fue entonces cuando me di cuenta que no había otras parejas en la tarima. ¿Acaso estaba a punto de pasar lo que yo estaba pensando? Miré a David y me devolvió la mirada con la misma expresión de sorpresa que yo tenía dibujada en el rostro. Al parecer esto si no había sido idea suya, era el universo conspirando de nuevo a nuestro favor.

El presentador nos preguntó nuestros nombres, dejándonos aún más confundidos de lo que ya estábamos.

- ¡Cassie y David!

Respondimos los dos al mismo tiempo.

El hombre se giró nuevamente a la multitud y se aclaró la garganta como uno de esos cantantes de ópera. Haciendo que todos abajo volvieran a estallar en vítores y risas.

- ¡El rey y la reina del baile sooooooon... Cassie y David!

Un rugido de aplausos, gritos, vítores y celebración estalló desde abajo, donde se encontraban reunidas todas las personas en la pista de baile. Alejandra zarandeaba a Jhonny Rock, quien parecía un poco confundido hasta que nos vio en aquella tarima.

- ¡Eh, David, te lo dije! ¡Hacen buena pareja!

Gritó nuestro anciano amigo desde la multitud hasta casi quedarse ronco.

Desde algún lado empezó a caer una lluvia de confeti sobre nosotros mientras la banda volvía a tocar música a todo volumen. David me agarró por la cintura y me elevó desde el suelo haciéndome girar, dando vueltas, me sentía la chica más feliz del mundo en ese momento, ¿quién podía negar que no lo era? Mi David de Miguel Ángel me depositó con suavidad en el suelo de nuevo y nos besamos profundamente, a nuestros oídos volvieron a llegar los

sonidos de celebración del público.

Cuando por fin nos separamos, David volvió a tomarnos un selfie, esta vez con las bonitas coronas de plástico que el presentador había puesto sobre nuestras cabezas.

David dijo algo pero no pude escucharlo con claridad, mis oídos estaban empezando a pitar por alguna extraña razón, además me estaba ardiendo la mano derecha.

-¿Qué dijiste?

Le pregunté girándome hacia él y viendo cómo también estaba inspeccionando su mano. Tuve un mal presentimiento cuando sentí una presión nada natural en mi pecho. Algo malo iba a pasar.

- ¡Dije que te amo, Cassie!

-¿Qué?

No podía escucharlo.

Un terrible y estruendoso impacto se escuchó desde la entrada del salón y todos estallaron en gritos de pánico. Abajo pude ver cómo todos corrían de un lado a otro, Alejandra y Jhonny Rock no estaban por ningún lado, las luces titilaron antes de apagarse en casi en su totalidad. Tuve miedo, no podía ver casi nada, estiré mi mano intentando alcanzar la de David, pero él ya no estaba allí.

Capítulo 13

-¡David! ¡¿Dónde estás!?

Gritaba presa del pánico y la desesperación mientras buscaba a mi novio, solo podía escuchar gritos y llantos por todos lados. Algo muy malo había pasado.

- ¡Un coche se estrelló contra la entrada y otros dos estallaron!

Escuché a alguien gritar al frente de mí mientras corría en otra dirección, tenía que encontrar a mis amigos y salir rápido de allí. Pero no había señal alguna de Alejandra, Jhonny o David.

Mi vestido se había rasgado en medio del tumulto cuando corría entre el mar de gente, recibí varios golpes producto de un montón de gente que iba de un lado a otro presa del pánico.

-¡Cassie!

Una voz familiar llegó a mis oídos desde algún lugar cercano, aunque en medio de tanta oscuridad me era imposible discernir su posición. Miré a todos lados intentando adivinar de dónde había proveniendo la voz.

- ¡Cassie, por aquí!

¡Era la voz de Alejandra! Ahora se escuchaba mucho más cerca que antes, no podía estar demasiado lejos de donde yo me encontraba. Me adentré un poco más en la oscuridad mientras tanteaba a ciegas el lugar, intentando dar con ella. Sentí cómo unos brazos me jalaban por la espalda y cuando estuve a punto de gritar, me detuve.

- ¡Soy yo, cariño, tranquila!

Alejandra me abrazó fuertemente, Jhonny Rock nos veía con cara de preocupación, sin decir nada. Me imaginé que el pobre hombre debía tener mucho miedo como para permanecer callado, muy diferente de lo que acostumbraba su personalidad.

-¡¿Dónde está David!?! ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Pregunté casi histérica a Alejandra, al borde de las lágrimas.

-¡Salió corriendo hacia la entrada, intentamos detenerlo pero dijo que tenía que ayudar a los ancianos!

Apenas supe del paradero de David, salí corriendo a toda velocidad en dirección hacia la entrada. Alejandra tomó mi mano y arrastró tras nosotras a Jhonny Rock. Nos movimos lo más rápido posible entre el tumulto de gente que aún permanecía en el lugar, habían ancianos perdidos, otros lloraban buscando a sus familiares. Quise detenerme a ayudarlos, pero no podía permitírmelo de momento, necesitaba encontrar a David. La presión en mi pecho era más agobiante con cada segundo que pasaba, además mi mano no

dejaba de arder.

Después de mucho esfuerzo, pudimos llegar hasta la entrada del asilo, todo era un caos, había un fuerte olor a gasolina y llamas por todo el lugar. Los tres miramos en todas direcciones buscando a David, pero no lo veíamos por ningún lado.

-¡Boom!

El sonido de la explosión llegó con fuerza antes de que saliéramos despedidos en otra dirección. Me di un fuerte golpe contra el suelo y aullé de dolor. Probablemente acababa de romperme una costilla, pero no tenía tiempo para quejarme. Rodé sobre mí misma con mucha dificultad y empecé a ponerme de rodillas. La voz de Alejandra se escuchaba débilmente cerca de mí, la encontré a unos cuantos metros al frente, estaba recostada contra una pared mientras de su cabeza brotaba un hilillo de sangre.

- ¡Estarás bien, nena, estarás bien!

Me puse a su lado mientras intentaba palpar su cabeza. Jhonny Rock no estaba por ningún lado y David mucho menos.

-Yo no estaría tan seguro de eso.

Mi corazón se detuvo literalmente por un segundo, la asquerosa voz que acababa de pronunciar esas palabras había helado mi sangre. No podía creerlo. No podía ser cierto. No, no. No estaba pasando.

Tenía miedo de levantar la mirada, pero como una presa herida que está a punto de recibir el mordisco fatal de su cazador, no pude evitarlo, tenía que hacerlo. Necesitaba convencerme de que el miedo era real.

Levanté mi cabeza con la poca fuerza que me quedaba solo para darme cuenta de que no me había equivocado en lo más mínimo.

Ese aspecto desaliñado, esa barba de chivo asquerosa, el cuerpo tatuado de forma repugnante y la mirada más psicótica y malévola que había visto en mi vida. No había otro ser igual a él en el mundo, era la viva imagen del mal encarnado.

El tío de Patrick.

-Oh, voy a disfrutar mucho de esto. Pero vosotros no lo gozaréis.

Se relamió los labios de forma vulgar mientras se acuclillaba junto a nosotras, me dio un fuerte golpe en el pecho y dejó su brazo presionándome contra la pared, intenté con las pocas fuerzas que me quedaban de resistirme, pero era en vano. Él era incluso mucho más musculoso que Patrick, él era el rey de los ogros.

Con su otra mano empezó a manosear a Alejandra, ella seguía semi inconsciente, demasiado débil para incluso gritar, al menos no iba a sufrir el terror de ver a ese monstruo tan cerca de ella.

Yo pataleaba con vehemencia intentando por todos los medios que me soltara.

- ¡Mejor te calmas, zorra! O voy a tener que rebanarte en pedacitos.

Detuvo el toqueteo sobre Alejandra para señalar un gran cuchillo que llevaba colgado en su cintura. Era capaz de cumplir lo que prometía. Las lágrimas empezaron a brotar sin control de mis ojos, demasiado impotente por el hecho de estar a punto de presenciar algo tan atroz. En ese momento deseaba con todas mis fuerzas que alguien nos rescatara, que nos quitaran de encima a ese maldito depravado, pero eran esperanzas en vano.

-¿Qué mierda estás haciendo? ¡Esto no era parte del plan!

Esa voz hizo que mi corazón volviera a dar un brinco, giré la mirada en la dirección donde había proveniendo el sonido y casi me desmayo al ver de quién se trataba.

¡Era Patrick!

Mi mirada se había convertido en una súplica silenciosa. Apelaba al más recóndito espacio de su corazón, si en algún momento realmente había sentido amor por mí, si realmente “El príncipe” alguna vez había existido, entonces era justo el momento para que hiciera lo correcto.

-Y una mierda con el plan...

Pensé que Patrick iba a oponerse a su tío, que por una vez en la vida tendría las bolas suficientes para confrontarlo y mostrarle tanto a él como al mundo que no era como ese abusador desgraciado. Pero era demasiado pedir para un poco hombre como él.

Se acuclillo frente a mí y me miró detenidamente por unos segundos, su mirada era vacía y compleja, sus ojos azules carecían ahora de brillo, era la mirada de alguien que ya no sentía nada, solo pude imaginarme qué clase de tratos pudo haber recibido de parte de su tío para que Patrick se convirtiera en la mierda de ser humano que era en ese momento.

-Esto no tenía por qué terminar así, Cassie... Lo lamento.

Su voz era neutra, como si estuviera despidiéndose de alguien a quien no quisiera ver nunca más.

Se acercó aún más a mí y me dio un beso en la frente. Era el beso de Judas.

Yo lloraba impotentemente mientras veía al tío de Patrick sacar su cuchillo y rasgar el vestido de Alejandra, preparando el terreno para su vulgar invasión.

-C'est la vie...

Dijo él de forma maliciosa.

Lo siguiente pasó tan rápido que no fui capaz de ser consciente hasta que estaba frente a mí. Alguien se había abalanzado sobre el tío de Patrick y había logrado apartarlo de Alejandra.

¡Era David!

Se estaban revolviendo en medio de un violento forcejeo por ganarse el cuchillo. Yo había quedado libre del agarre de su tío, así que ahora aprovechaba para pegarle a David con fuerza en la cara, sin embargo, no tuvo el efecto que esperaba. Me miró con furia y se preparó para lanzarse sobre mí, yo rodé por el piso hasta quedar a los pies de Alejandra, quien parecía estar recuperando la conciencia.

-Cass... Cassie. Dónde...

No tuvimos tiempo para hablar, Patrick nos miró de forma amenazadora, como si estuviera acechándonos, me paré frente a Alejandra para evitar que la lastimara, sin embargo, su objetivo siempre había sido otro.

Corrió en dirección hacia donde David y su tío estaban enzarzados en una pelea, los golpes se lanzaban por todas partes, pero David había conseguido tirar el cuchillo al suelo, ahora estaba encima del tío de Patrick ahorcándolo, ni siquiera toda la fuerza de sus enormes brazos podía ayudarlo a escapar de esa.

Hasta que Patrick le propinó una violenta patada en la parte de atrás de la cabeza. David intentó mantener su posición pero le fue inútil, termino dándose de lleno su rostro contra el suelo. Como una manada de hienas salvajes, Patrick y su tío se abalanzaron sobre David y empezaron a golpearlo salvajemente entre los dos.

- ¡Déjenlo ya!

Intenté correr hasta él, pero mis piernas cedieron al mismo tiempo. Con horror observé cómo de un golpe en la cara las gafas de David se partían, dejando restos de cristales y sangre por su rostro. Ellos siguieron golpeándole con saña, era como si su único propósito fuera lastimarlo seriamente.

Los odié profundamente en ese momento.

-¡Eso es de cobardes!

Jhonny Rock había salido de algún lugar y blandía en su mano un pedazo de madera que usó para atizarle un gran golpe en la espalda a Patrick, haciéndolo rodar por el suelo y apartarse de David. Luego utilizó el improvisado garrote para golpear a su tío y disuadirlo de continuar con el ataque.

Nuestro excéntrico y anciano amigo se había convertido en el héroe de la noche, su valiente acción en el momento adecuado había salvado la vida de los reyes del baile y su más reciente conquista francesa.

Pero entonces todo se tiñó de rojo.

Patrick había recogido el cuchillo del suelo y había lanzado una estocada fatal, dio de lleno contra el pecho de Jhonny. Una, dos, tres, cuatro veces más. El cuchillo entraba y salía velozmente, bañando de sangre su hoja con cada puñalada.

- ¡Noooooo!

El rostro de Jhonny adquirió una expresión de sorpresa total, como si en vez de dolor, solo estuviera sintiendo el peso de una muy inesperada muerte que pronto se cerniría sobre él. Sus características gafas oscuras cayeron al suelo, revelando unos ojos tristes y cansados. Jhonny cayó pesadamente al suelo

para ya no levantarse nunca más.

Patrick miró el cuchillo y luego el cuerpo ensangrentado de Jhonny. Era como si apenas estuviera dándose cuenta de lo que había hecho. Intentó hablar pero de su boca no salían palabras.

-¡Mierda! ¡Vámonos de aquí!

El tío de Patrick se levantó de un salto y jaló del brazo a su sobrino, casi llevándolo a rastras tras de él. Patrick, el hombre al que yo había amado me dirigió una última mirada, era como si todo lo que hubiera hecho antes hubiera traído, al menos, por un instante a flote su verdadera personalidad, esos azules gritaban en silencio.

Perdóname...

Pero eso jamás pasaría, ni ahora ni nunca.

Nunca más.

Los vi subirse en un coche negro, oscuro como sus depravadas almas de ogro. El chirrido de los neumáticos contra el asfalto, aceleraron y se perdieron de nuestra vista.

Alejandra había recuperado el conocimiento y ahora gritaba de forma histérica al contemplar el horrendo panorama. Ambas nos arrastramos como pudimos hasta los cuerpos caídos de nuestros amigos.

-Da... Dalia. Viniste.

Dijo Jhonny Rock escurriendo borbotones de sangre por su boca, estaba profiriendo sus últimas palabras.

-Sí. Aquí estoy, papá. Siempre he estado contigo.

Mentí, llorando sin control y sosteniendo la lívida mano de Jhonny.

Alejandra lloraba desconsolada, diciendo cosas ininteligibles en francés. Sostenía a David y tenía recostada su cabeza sobre sus rodillas. Su rostro estaba visiblemente deformado e hinchado producto de los terribles golpes que había recibido.

- ¿Qué pasa, Jhonny? Viejo amigo...

Dijo David casi sin voz.

-Mi tiempo ha llegado, nene... Es hora de ir a tocar la tuba en Aruba...

Cada palabra que salía de su boca dejaba escapar más sangre.

-...Cuida de Dalia. Ustedes... Ustedes deben estar juntos.

Y con esas últimas palabras los ojos de Jhonny perdieron su luz, había exhalado su último aliento y ahora acababa de partir a otro mundo.

Alejandra profirió un grito desesperado, lleno de dolor y frustración, desgarrando la noche en un súbito golpe de realidad. Yo apreté la mano de Jhonny y la de David como si jamás quisiera soltarlos. Las lágrimas corrían sin control por mi rostro, mi corazón dolía, era esto lo que había estado presintiendo. A mi mente llegaron de nuevo las palabras que Alejandra nos había dicho hacía algunos días atrás.

“Ustedes tienen esa misma línea en sus manos... Es el símbolo de un amor intenso, profundo, inefable. Pero... Que terminará en un profundo dolor.”

Apreté a David contra mi pecho mientras ahogaba mis lágrimas en su traje de príncipe. Ahora estaba manchado de restos de sangre y tierra.

-Todo estará bien... Todo estará bien...

Repetía incesantemente mi mantra de forma nerviosa, necesitaba creérmelo yo misma.

-Cassie... Cassie... Te amo.

-¡Yo también! ¡Yo también te amo!

Respondí con la voz quebrada en apenas un hilo. Su rostro hinchado y lleno de sangre era una prueba irrefutable de a lo que se refería Alejandra con el pronóstico de nuestras líneas de la mano. El David de Miguel Ángel había sido vejado y vandalizado por las asquerosas manos de los ogros cuya violencia era su único idioma. De habernos podido mirar, todos los grandes maestros de la historia hubieran llorado al contemplar la magnífica escultura, representada por él hecho trizas.

David abrió sus ojos y me dejó admirar por última vez la maravillosa perfección que habían representado. Pero ya no había luz en ellos.

-Cassie... Cassie... No puedo verte.

Esa noche había muerto el arte.

Capítulo 14

Después del terrible atentado ocurrido en el asilo de ancianos, el cual dejó como resultados dos fallecidos y varios heridos, tenemos más información al respecto.

Esta mañana, los oficiales de policía del condado han encontrado en el fondo del río Daisha los restos del automóvil donde viajaban los criminales, estos

también se hallaron en el vehículo, los oficiales manejan la tesis de que el vehículo presentó fallas en los frenos y terminó saliéndose de la carretera y cayendo al río, los delincuentes no pudieron salir del automóvil y fallecieron ahogados.

Se están trabajando en las pesquisas correspondientes, hasta ahora solo se ha podido identificar a uno de los delincuentes, el cual responde al nombre de Patrick...

Apagué el televisor antes de escuchar una palabra más sobre de ellos.

Acaricié la cama vacía en donde había estado David hasta hace apenas un par de días. Recordé la última vez que hablamos, justo allí.

-No es tan malo... Créeme.

-Lamento muchísimo que te haya pasado esto, es mi culpa. Nunca hubiera ocurrido nada de esto si no hubiera sido por mí...

David se quedó en silencio y tomó mi mano entre la suya. Su mirada yacía perdida en ningún lugar, a pesar de que sus ojos me tenían de frente... ya no podía verme.

-¿Recuerdas lo que me dijiste en el baile? Bien, este es mi salto libre sin paracaídas. Se desprendieron mis corneas, pero nunca se desprenderá tu recuerdo de mi mente. Te amo, quiero que lo tengas presente... Nada ni nadie lo cambiará.

Las lágrimas volvieron a recorrer mis mejillas y agradecí que no pudiera verme llorar.

-Por favor, no me visites mañana, hay algo que necesito hacer. Ven al día siguiente.

-¿Por qué?

-Solo prométeme que lo harás.

Apreté su mano entre la mía y no nos hizo falta decir nada más para terminar de entendernos, el silencio era nuestra forma de decirnos “Te amo” y así lo sería por siempre.

Desdoblé el arrugado papel que me había entregado la enfermera esa mañana, la expresión en su rostro no auguraba nada bueno y tristemente no había equivocado mi sospecha.

David se había ido.

Junto a Alejandra habían tomado un vuelo con destino a un destino incierto, lo único que sabía era que estaba en Europa. En algún lugar donde la medicina del más alto nivel avanzaba día tras día descubriendo nuevas técnicas para el tratamiento de los invidentes.

David se había ido, y con él mi corazón.

Sobre mi regazo descansaba la plateada y pequeña llave que me había anexado con su carta. Las lágrimas corrían por mi rostro y no podía aguantar estar allí por un segundo más, era demasiado doloroso. Salí huyendo del hospital sin importarme absolutamente nada, subí al coche y aceleré todo lo que pude. Quería llegar al fondo de todo esto.

Aparqué el coche y entré a toda velocidad a mi casa.

La puerta con los cristales faltantes me recibió muda e inanimada. Atravesé su umbral.

Patrick entrando por ella y atizándola con fuerza.

Miré a mi derecha y me topé con el enorme sillón del salón. Sobre él estaban

amontonadas mis maletas, en su espera silenciosa, era el día de marcharnos a Derry. Lo rebasé.

Alejandra sosteniendo a Hitler en lo alto mientras el gatito maullaba.

Crucé la puerta trasera y me topé con mi último obstáculo, la valla. La miré por un instante y a mi mente llegaron dolorosos recuerdos, no lo pensé de nuevo y salté por encima de ella.

David saltaba con facilidad por encima de la valla y caía de pie, siempre lo hacía.

Estaba ya del otro lado, tomé una bocanada de aire para recuperar el aliento, el pecho me dolía pero no quería detenerme a prestarle ningún tipo de atención.

Giré el picaporte y la puerta cedió, ya estaba abierta desde la última vez. Caminé con lentitud recorriendo la casa de David, el lugar donde había habitado el hombre que yo amaba.

Me detuve frente a la pequeña puerta metálica que se abriría con la llave especial. La introduje en la cerradura y la hice girar, los cilindros se movieron permitiéndome el acceso al santuario de David.

Di un paso y dejé que la oscuridad me envolviera, necesitaba perderme en ella para encontrar lo que había venido a buscar. Caminé lentamente hacia el frente. Era como si de alguna forma ya hubiera estado allí, mi corazón me guiaba.

Repase por última vez en mi mente la carta:

Querida, Cassie.

Lo que tú creas, lo es todo.

El amor nos ha traído hasta aquí, este preciso momento donde nuestras almas superaron las barreras del tiempo y las adversidades, aprendimos a amarnos.

Sé que mi decisión podría parecerte egoísta y cobarde. Pero he hecho lo que considero mejor para ti. Jamás me permitiría interferir con tu sueño de ir a Derry y convertirte en una gran doctora. Sé que quieres hacer sentir orgullosa a tu madre, estoy seguro que te mira desde el cielo y sonrío. Necesitas ir allí y demostrarles a todos lo que ya yo sé: Eres la chica más genial e inteligente del mundo. Mereces todo.

A los diecisiete prometí que regresaría a buscarte y lo cumplí. Nuevamente prometí que estaría contigo pasara lo que pasara y que te amaría con toda la fuerza de mi alma, aunque eso me costara la vida. Por suerte aún estamos vivos, al menos eso.

De mi vista extrañaré verte sonreír y contemplar la perfección de tu hermosura. Sobre la tierra no existirá de nuevo unos ojos que te miren con la misma devoción que lo hicieron los míos, mi reina, mi diosa, mi novia.

No te preocupes por mí, estoy bien, en serio. Tengo suficiente de ti en mi mente para el resto de mi vida. Cada vez que cierro los ojos, estas ahí, conmigo. Es por eso que decido adentrarme en esta oscura medianoche con ojos que, aunque son ciegos, nunca han dejado de mirarte.

He dejado para ti mi último obsequio, el mejor regalo que creo puedo hacerte en esta vida. Esta llave que recibirás abre la puerta a mi lugar más especial sobre la faz de la tierra, es allí donde guardo mi más grande tesoro. Aquello que jamás quisiera perder. Espero que puedas admirar su perfección de la misma manera que yo lo hice...

Accioné el interruptor a mi derecha, me sentí Dios pidiendo que se hiciera la luz. El cuarto oscuro se iluminó revelando ante mí el más grande tesoro del hombre al que amaba con todo mi corazón.

Sonreí.

La pared estaba completamente llena de fotografías mías. En la gran mayoría salía sonriendo, en otras seria, pensativa, incluso triste.

La foto con el atardecer, David y yo habíamos disfrutado del ocaso más bonito del mundo.

Jhonny Rock y otros abuelos posaban conmigo durante la primera vez que había visitado el asilo.

Alejandra sostenía a Hitler sobre mi cabeza mientras yo ponía una cara graciosa.

El David de Miguel Ángel y yo acabábamos de convertirnos en novios. Jamás lo había visto sonreír de una manera tan hermosa.

Por último, ambos posábamos con las coronas de plástico sobre nuestras cabezas, el reinado más bonito que hubiera podido pedir.

Una lagrima de felicidad escurrió por mi mejilla mientras contemplaba la inmensa cantidad de fotografías y entendía el verdadero significado de sus palabras, el tesoro más grande de David, siempre había sido yo.

...Te amo, Cassie, y siempre lo haré.

Las lágrimas corrían sin control por mis mejillas, el pecho me dolía. Caí al suelo mientras tomaba bocanadas de aire. Necesitaba llenar mis pulmones y mitigar el dolor que sentía en mi pecho.

No, él no podía hacerme esto. No ahora que por fin podíamos estar juntos. La

historia era una cosa, Píramo y Tisbe no habían tenido su final feliz. Pero yo estaba cansada. De sufrir, de que el mundo siempre me lo pusiera todo difícil.

Había encontrado al amor de mi vida o, más bien, por fin lo había visto y, ciego o no, no iba a dejar de estar a su lado.

Pero para ello tenía que desechar mi sueño: mi carrera o él...

La respuesta no tuve que pensarla, había un chico en Europa que me necesitaba. Solo esperaba que él quisiera luchar junto a mí. Por él, por mí y por nuestro amor...

El único problema era, ¿cómo demonios iba a encontrarlo? Ya tuviera que vender mi alma al diablo, lo haría, aunque tuviera que buscar debajo de las piedras.

Continuará...